



GENTE CRECIDA Y BLANCA: LA TEORÍA PSEUDOCIENTÍFICA DEL ORIGEN ESPARTANO DE LOS «ARAUCANOS» DURANTE LA DICTADURA DE AUGUSTO PINOCHET*

White and Tall People: The Pseudoscientific Theory of the Spartan origin of the «Araucans» during the Augusto Pinochet's Dictatorship

Tomás Aguilera Durán

Universidad Autónoma de Madrid. España

tomas.aguilera@uam.es | <https://orcid.org/0000-0001-6913-3424>

Fecha de recepción: 16/06/2025

Fecha de aceptación: 01/12/2025

Resumen: En 1974, el profesor de secundaria chileno César Navarrete —autodenominado Lonko Kilapán— publicó el libro *El origen griego de los araucanos*, en el que defendió el origen espartano de los «araucanos» como raza de características arias distinta de la mapuche. En primer lugar, se analizan los distintos aspectos de la teoría y sus argumentos geográficos, lingüísticos, etnohistóricos, arqueológicos y antropológicos. A continuación, se contextualiza la propuesta como depositaria de tres grandes tradiciones sobre la identidad chilena en su relación con la Antigüedad europea: los mitos modernos sobre la colonización griega de América, las teorías raciales desarrolladas entre el siglo XIX y XX y el referente de Esparta en el desarrollo de idearios de tipo eugenésico, enfatizando la importancia del naturalista ilustrado Juan Ignacio Molina y el ensayista Nicolás Palacios. Por último, se analizan las condiciones inmediatas de la publicación del libro en lo que concierne al autor y su papel como supuesto representante del movimiento indígena, la implicación de la prestigiosa Editorial Universitaria y la cobertura mediática que recibió la obra a partir de los datos que pueden extraerse de

* Proyecto de I+D+i «Antigüedad, nacionalismos e identidades complejas en la historiografía occidental: desigualdades modernas y nuevos paradigmas identitarios» (PID2023-150635NB-I00), financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033/ y FEDER/UE.

la prensa y sus propias publicaciones. Se concluye, desde el punto de vista concreto, que la posibilidad y repercusión de la propuesta de Navarrete está íntimamente ligada al contexto cultural y político de la dictadura de Augusto Pinochet. Desde una perspectiva general, se pone en valor el interés del análisis del material de corte pseudocientífico desde el prisma de la historia cultural e intelectual sobre las visiones del pasado.

Palabras clave: Pseudohistoria; racismo; Chile; Esparta; Mapuche; Augusto Pinochet.

Abstract: In 1974, Chilean high school teacher César Navarrete —self-appointed Lonko Kilapán— published the book *El origen griego de los araucanos*, in which he defended the Spartan origin of the «Araucans» as an Aryan race distinct from the Mapuche. First, the paper analyses the different aspects of the theory, and its geographical, linguistic, ethnohistorical, archaeological and anthropological arguments. Next, the proposal is contextualised as an heir of three great traditions on Chilean identity in its relationship with European Antiquity: the modern myths about the Greek colonisation of America, the racial theories developed between the 19th and 20th centuries, and the reference to Sparta in the development of eugenic ideologies, emphasising the importance of the enlightened naturalist Juan Ignacio Molina and the essayist Nicolás Palacios. Finally, it examines the immediate conditions of the book's publication, with regard to the author and his role as a supposed representative of the indigenous movement, the involvement of the prestigious Editorial Universitaria and the media coverage that the work received, based on the data that can be extracted from the press and its own publications. It is concluded, on the particular case, that the possibility and repercussion of Navarrete's proposal is intimately linked to the cultural and political context of Augusto Pinochet's dictatorship. In general, the paper highlights the interest of analysing pseudoscientific material from the perspective of cultural and intellectual history on visions of the past.

Keywords: Pseudohistory; racism; Chile; Sparta; Mapuche; Augusto Pinochet.

Sumario: 1. Introducción; 2. Un libro extraño; 3. Viejos mitos y nuevos racismos; 4. Un autor ¿araucano?; 5. Una editorial prestigiosa en una época oscura; 6. Reflexiones finales: trascendencia y potencial de la pseudohistoria; 7. Referencias bibliográficas.

«Kilapán era el lujo del castellano hablado y escrito en Chile, en sus fraseos aparecía no sólo la nariz apergaminada del abate Molina, sino las carnicerías de Patricio Lynch, los interminables naufragios de la Esmeralda, el desierto de Atacama y las vacas pastando» (Bolaño, 2016 [2004], p. 308).

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo trata sobre un libro extraño. En 1974 el profesor de secundaria chileno César Navarrete, bajo el alias de Lonko Kilapán, publicó *El origen griego de los araucanos*. En la obra se defiende categóricamente que el «pueblo araucano»

era descendiente directo de unos colonos espartanos que se habían asentado en el centro-sur del territorio chileno entre los siglos VIII y VI a. e., tras atravesar toda Asia y el océano Pacífico. Para demostrar su afirmación, manejó múltiples argumentos de corte geográfico, filológico, etnohistórico, antropológico y arqueológico, adoleciendo de flagrantes carencias metodológicas y forzando sorprendentes conclusiones.

A priori, el planteamiento de este artículo puede suscitar una duda legítima: ¿merece la pena hacer un análisis historiográfico de un material como este? Desde hace tiempo existe un creciente interés por el estudio de teorías que podrían catalogarse como pseudocientíficas o, más concretamente, aplicado a la reconstrucción del pasado, pseudohistóricas o pseudoarqueológicas (Card, 2018; Fagan, 2006a; Feder, 2020 [1990]). En principio, se argumenta, el simple hecho de tratarlas seriamente puede servir para contrarrestar su impacto mediático, exponer sus falacias y aprovechar su inevitable existencia para hacer didáctica sobre los auténticos métodos y conocimientos académicos. A un nivel más profundo, el análisis sistemático de sus mecanismos internos y sus circunstancias puede favorecer reflexiones de cierto calado: considerar el fenómeno obliga, por oposición, a pensar sobre los principios y límites de la propia disciplina (Derricourt, 2012; Feder, 2020 [1990], pp. 1-89; Gordin, 2021); acotar su definición y tipología ayuda a entender cómo se construyen, difunden y admiten determinadas ideas en un sentido más amplio (Fagan, 2006b; Flemming, 2006; Leeson, 2023); contextualizarlo debidamente conlleva un ejercicio útil para comprender las implicaciones ideológicas que inciden en la concepción, difusión o validación de las diversas visiones del pasado (Arnold, 2006), y esto último me interesa aquí especialmente.

Partiendo de ese planteamiento, creo que este caso tiene un potencial especial porque contiene varios componentes muy significativos desde el punto de vista cultural, identitario y político: conecta de forma única varias tradiciones míticas de largo recorrido, surgió en una coyuntura dictatorial muy particular y, además, a pesar de su naturaleza, consiguió un insólito respaldo editorial y mediático en una época en la que esto no era tan sencillo.

Antes de continuar, parece conveniente asentar algunas bases sobre la temática general a la que atañe el libro en cuestión. En efecto, la trama de Navarrete se desenvuelve en un escenario histórico con una sobrecargada tramoya simbólica. En general, concierne al origen de lo que hoy denominaríamos pueblo Mapuche, habitantes originarios de la región centro-sur de Chile¹. Históricamente, destacan por su resistencia a la colonización española en la llamada guerra de Arauco (1541-1641), una sucesión compleja de procesos bélicos y diplomáticos cuyo resultado principal

¹ Sobre la historia, arqueología y antropología de este pueblo antes de la llegada de los españoles y durante el periodo colonial, remito a Bengoa (2018 [2003]); Boccara (2009 [1999]); Dillehay (2017); Zavala Cepeda (2011).

fue el reconocimiento de su total independencia al sur del río Biobío, situación que, con distintos vaivenes, se mantuvo durante todo el periodo colonial y las primeras décadas del Chile independiente. La dureza de la guerra y el inusual desenlace propiciaron la construcción de un particular imaginario cultural en torno al conflicto, el territorio y sus pobladores, que, simplificando, ha girado en torno a dos problemáticas fundamentales: por un lado, la necesidad de asimilar y explicar el fracaso español y, por otro, el reto de articular formas de integrar —o excluir— a lo mapuche en el entramado colonial, primero, y el proyecto nacional chileno, después, desde el punto de vista tanto material como simbólico. Estos dilemas se han insertado en un relato de resistencia al invasor fuertemente mitificado desde el origen, muy marcado por el influyente poema épico *La Araucana*, de Alonso de Ercilla (1569). Existe sobre la guerra de Arauco toda una tradición literaria, cronística y etnográfica específica que ha situado a este pueblo en un artificioso péndulo entre la heroización y la alterización más hiperbólicas y que está repleta, por cierto, de recursos y estereotipos clasicistas (Aguilera Durán, 2023; Barraza Jara, 2004; Huidobro Salazar, 2017a; Subercaseaux, 2021; Valenzuela Matus, 2016).

Tras la Independencia de Chile (1810), en la construcción criolla de la nueva identidad nacional primó la apropiación del capital simbólico que proveía aquel relato, de modo que el prestigio de los mapuche se insertó en el imaginario del proyecto republicano como emblema del particularismo chileno. La perspectiva cambió a mediados del siglo xix, cuando comenzó a plantearse la guerra de Ocupación (1851-1883) que supondría la anexión por la fuerza del territorio mapuche por el Estado chileno. En la nueva etapa, la visión más excluyente del Estado-nación, la lógica de explotación capitalista del territorio y las percepciones racistas promovidas por el evolucionismo positivista concurrieron en favor de un discurso antiindigenista que justificaba la total absorción o aniquilación (Álvarez Rojas, 2017, pp. 140-158; Crow, 2013, pp. 19-50, 2014; Pinto Rodríguez, 2003 [2000], pp. 151-183) y convertía a aquellas sociedades en un mero objeto de estudio científico, situado en un plano prehistórico, anacrónico y en vías de extinción (Gänger, 2015, pp. 160-202; Pinto Rodríguez, 2003 [2000], pp. 171-177; Subercaseaux, 2011, vol. 2, 378-380). Durante el turbulento siglo xx, en el que nos situaremos, se abrió un abanico de aproximaciones a la cuestión mucho más amplio y heterogéneo. Estas estuvieron ya muy condicionadas por las cambiantes relaciones de las comunidades con las instituciones estatales y la crucial cuestión agraria y se articularon desde marcos ideológicos más diversos —del fascismo al anarquismo— en su interconexión con las nuevas formas de organización indígena. En buena medida, la excéntrica teoría de Navarrete es uno de los innumerables intentos de dar solución a esa endémica esquizofrenia nacional.

Complementariamente, es importante hacer una aclaración relacionada con el etnónimo. Navarrete distinguió «araucano» de «mapuche» como razas radicalmente diferentes, y su teoría se refería básicamente a los «araucanos», como veremos.

La denominación de los pueblos originarios de las regiones del centro-sur de Chile es un asunto complejo, en el que intervienen distinciones territoriales y cronológicas en las que no vamos a entrar (remito a Boccara, 2009 [1999], pp. 13-21). En todo caso, «araucano» es un término exógeno y de origen colonial, utilizado por los españoles para referirse a los pobladores de una zona concreta a partir de una denominación quechua. Generalmente se acepta que los términos en lengua nativa —mapudungun o mapuzungun— con el que se han autodefinido las comunidades de esta región en un sentido amplio son *reche* («gente auténtica») —en los siglos XVI-XVIII— y *mapuche* («gente de la tierra» o «gente autóctona») —desde mediados del siglo XVIII—. Los usos que hace Navarrete de la terminología carecen de consistencia histórica y quedan fuera de cualquier consenso académico, pero, no obstante, utilizaré «araucano» cuando esté hablando de sus postulados, ya que la distinción es importante dentro de su lógica interna. Por otra parte, cuando me refiera a este pueblo en general, utilizaré «mapuche», por ser el término oficialmente establecido y utilizado mayoritariamente por las comunidades.

Hechas estas consideraciones y aclaraciones previas, anticipo que este trabajo se estructura en tres bloques. En el primer apartado, sintetizo las ideas principales del libro, sus argumentos y métodos, de manera que pueda entenderse lo fundamental del contenido y naturaleza de la teoría de Navarrete. En la segunda parte, esbozo ciertos antecedentes culturales e intelectuales, planteando la confluencia de tres tradiciones fundamentales: los mitos sobre la antigua colonización grecorromana de América y, en concreto, de Chile —identificando a Juan Ignacio de Molina como principal referente—; el desarrollo en el siglo XX de nuevas teorías raciales de corte nacionalista —destacando el papel de Nicolás Palacios—; y, por último, la fascinación suscitada por la cultura espartana como fuente de autoridad en el desarrollo de ideas eugenésicas muy vinculadas con la ciencia alemana. En el tercer y cuarto apartado me centro en el contexto externo e inmediato del libro más allá de su contenido a partir de la información que provee la propia obra y los artículos de prensa relacionados: comento los datos que se conocen del autor y su supuesto papel como representante del movimiento indígena y abordo las circunstancias editoriales de la publicación y su repercusión pública. Con ello, argumento que la materialización del trabajo de Navarrete y la cobertura mediática que recibió fue posible gracias al ambiente académico e ideológico propicio generado por la dictadura cívico-militar de Augusto Pinochet, aunque muchos de los vínculos concretos se nos escapan. Finalmente, valoro la posible clasificación de este libro como un producto característicamente pseudocientífico, reflexionando acerca de las posibilidades que brinda el estudio de este tipo de material en la comprensión del trasfondo cultural e ideológico en el que se produce.

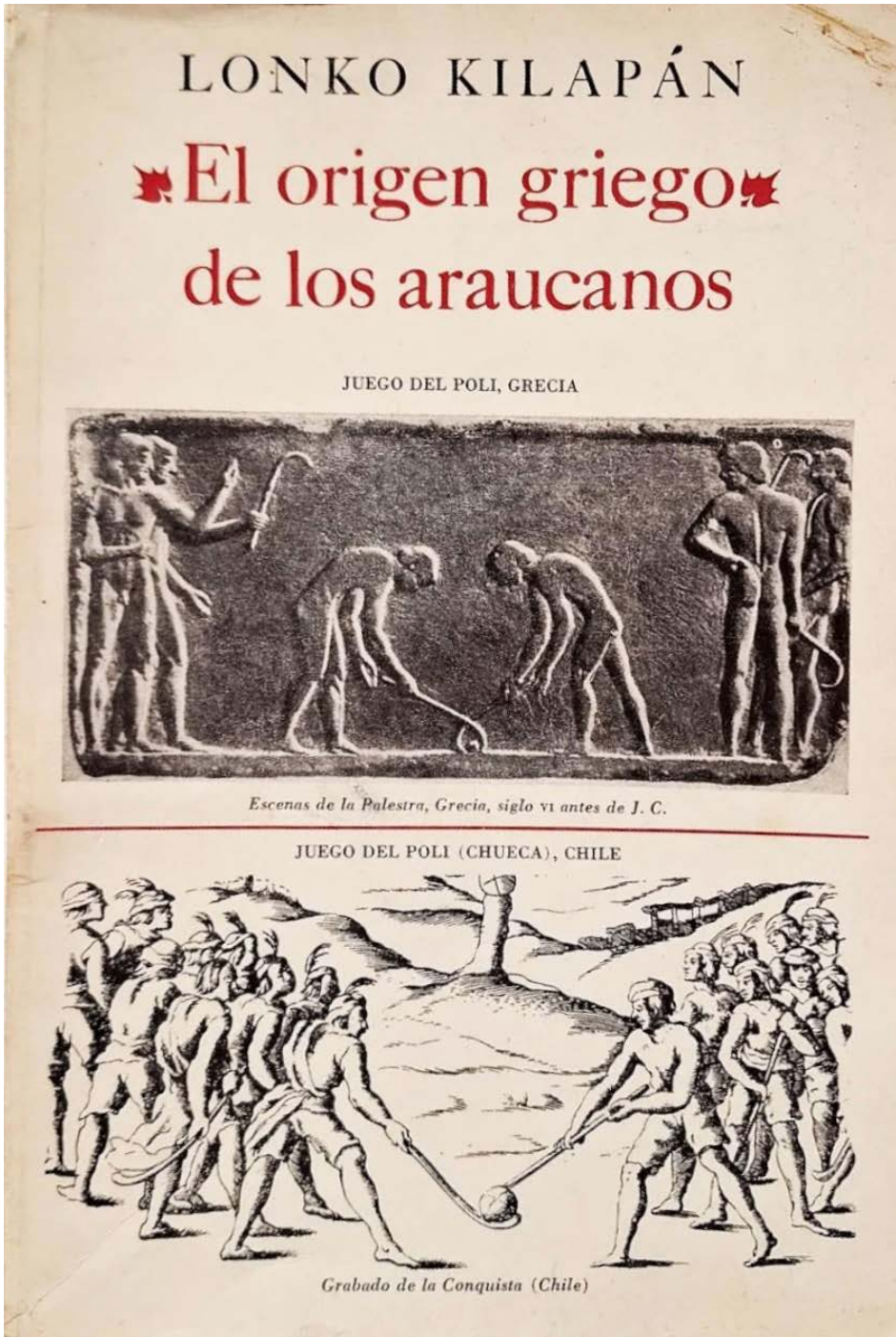


Figura 1. Cubierta de *El origen griego de los araucanos* (Kilapán, 1974).

2. UN LIBRO EXTRAÑO

Presentemos, primero, el contenido esencial del libro. Su tesis central, que se presenta en todo momento como una verdad incuestionable sin atisbo de duda, se resume bien en el prólogo:

Por los años 800 al 600, antes de J. C., partió una Colonia desde Esparta (Grecia), la que, pasando por Troya, tomó el camino tradicional hacia Asuán (Asia-este) y bajando por el nordeste de la India a cuya región dieron el nombre de Laos, que significa pueblo, entraron por Málaga (Quersoneso, llamada en el mapa de Ptolomeo) al Okéanos (Pacífico actual). [...] finalmente se establecieron en el continente entre los paralelos 35 al 42, latitud sur, o sea, entre los mismos paralelos que estaba Grecia [...]. Le dieron a estas tierras el nombre de Chile, palabra que en griego significa tribu, lejana por antonomasia. Formaron un Estado igual al griego, [...] tenían los mismos dioses, la misma lengua, la misma ley, las mismas armas y hasta la misma vestimenta, pero se gobernaban independientemente, para unirse sólo en caso de guerra bajo un solo jefe; se repetía entonces el Estado griego en lo geográfico y en lo político. Los espartanos impusieron acá la ley de Licurgo [...]. Cada afirmación va, en este libro, acompañada de sus correspondientes pruebas: científicas, arqueológicas, lingüísticas... al servicio de la verdad histórica. (Kilapán, 1974, p. 15).

El primer capítulo lo compone una recopilación de textos sobre el heroísmo y particularismo de los araucanos/mapuche (Kilapán, 1974, pp. 17-25). Es una amalgama caótica, descontextualizada y sin orden aparente, de fragmentos de diferentes épocas y géneros, desde el siglo XVI al XX, incluyendo cartas, memoriales, crónicas, obras literarias, relatos de viajes, artículos periodísticos y estudios antropológicos de múltiples procedencias. Realmente, no le faltaba material en este sentido, en tanto que ese halo mítico que envolvió siempre a este pueblo alimentó un imaginario muy apropiado para dotar de cierto empaque épico al inicio del ensayo. Se completa esta compilación distinguiendo aquellas menciones en las que se había sugerido algún vínculo con pueblos o civilizaciones europeas, ya fuesen teorías sobre su genealogía o simples comparaciones retóricas (Kilapán, 1974, pp. 26-30); después volveré sobre ellas, pues tienen su importancia como antecedente directo de la fantasía de Navarrete. A continuación, se repasan las principales hipótesis acerca del primigenio poblamiento de América y sus posibles rutas (Kilapán, 1974, pp. 31-40), una vez más, entremezclando aproximaciones de muy diferentes cronologías y consistencia científica.

El núcleo de su teoría se desarrolla realmente en poco más de 60 páginas, incluyendo mapas, figuras y tablas. Intentaré sintetizar su enrevesada batería de argumentos, diferenciando tres grandes temáticas, aunque a menudo se entrecruzan: planteamientos geográficos, *pruebas* lingüísticas y culturales, y argumentos biológicos o raciales.

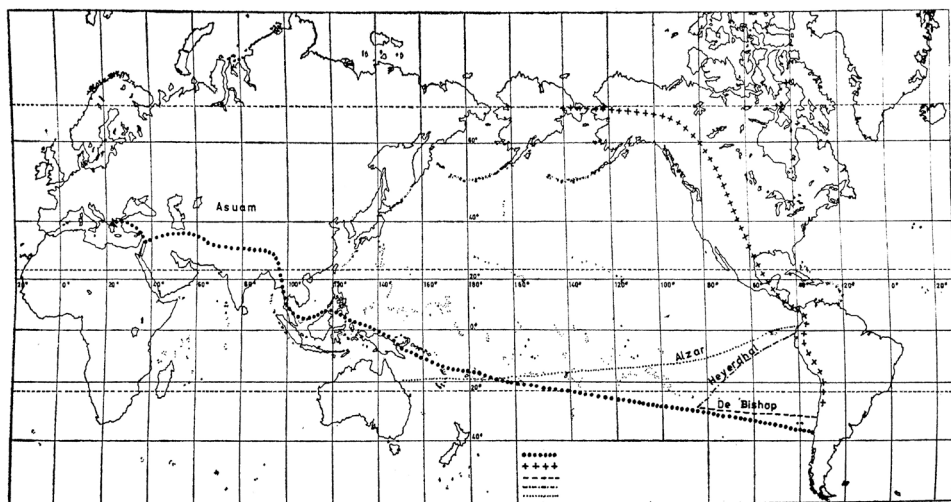


Figura 2. Mapa de la ruta seguida por los espartanos a través de Asia y Oceanía, por los mapuche cruzando del estrecho de Bering y por expediciones antropológicas contemporáneas en el Pacífico, según Navarrete (Kilapán, 1974, p. 46).

Atendiendo a la dimensión geográfica, en cuanto a la ruta, se afirma que los colonos espartanos partieron de Grecia, atravesaron Anatolia y Próximo Oriente hasta la India, continuaron por tierra hasta Tailandia y desde allí encararon la travesía del Pacífico, recalando en distintos puntos del sudeste asiático y Oceanía, hasta asentarse en el actual territorio chileno (Figura 2) (Kilapán, 1974, pp. 45-64). Para demostrar que efectivamente este fue el recorrido, se esgrimen siete pruebas. La primera es que los griegos fueron buenos navegantes y la segunda, como extensión de la anterior, que conocían Asia y Oceanía, haciendo una interpretación ciertamente abusiva de los conocimientos geográficos y conexiones orientales de la cultura griega. Dichas premisas desembocan en una conclusión tajante: «Los espartanos sabían de la redondez de la Tierra y fueron los primeros en poseer un MAPAMUNDI y podemos pensar que los tuvieron de Oceanía y de Chile y que seguramente se perdieron en el saqueo e incendio de las grandes bibliotecas» (Kilapán, 1974, p. 50).

El tercer y cuarto argumentos se refieren a los rastros que el trasiego griego habría dejado en Asia y Oceanía. Esto incluye la etimología, de modo que se presenta un listado de topónimos y otros términos que demostrarían la continuada presencia helena en esas áreas. Entre otras licencias, Navarrete comete reiteradamente dos excesos elementales: establecer filiaciones lingüísticas de forma arbitraria y superficial —como derivar Karakórum del araucano *kara* y el griego *korum*— y presuponer el origen antiguo de denominaciones modernas —como Indonesia, Polinesia, etc.—. A la etimología se añade el elemento religioso, en particular dos nociones tan genéricas como el culto al fuego eterno y el componente acuático en mitologías y

rituales funerarios. Más allá de las deficiencias metodológicas, quizá inconscientes, en general se está aplicando un apriorismo muy burdo y, además, marcadamente occidentalista: desde luego, existen lazos culturales y étnicos a lo largo del Pacífico; lo que Navarrete defiende es que estos solo pueden explicarse si se acepta la intervención griega.

La quinta prueba tiene un trasfondo complejo. Se afirma que esos rasgos lingüísticos y culturales greco-araucanos, fácilmente identificables en Oceanía, no existen en ningún lugar de América excepto Chile. En concreto, dedica un espacio bastante amplio a defender que dichas particularidades araucanas no se encuentran en Argentina, aludiendo, entre otros indicios, a las infructuosas excursiones arqueológicas que había realizado en la región y sus visitas al Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza, Argentina) (Kilapán, 1974, p. 56). Existe un debate clásico acerca del origen de los mapuche del territorio chileno, entre la tesis invasorista que los hace originarios del territorio argentino, y la autoctonista que defiende su arraigo ancestral en la región, con múltiples puntos intermedios y variantes². Más allá de la disputa académica, la cuestión ha tenido siempre implicaciones políticas e identitarias: se ha insertado en los respectivos nacionalismos, ha servido para justificar políticas genocidas e incluso ha condicionado la autodefinición de los propios mapuche. El caso es que Navarrete está recurriendo a ciertos tópicos de esa teoría invasorista en busca de argumentos con los que distinguir a los «araucanos» de los mapuche, reforzando así sus supuestas diferencias étnicas y culturales.

Las dos últimas pruebas son, si cabe, las más endebles. La sexta se basa en la idea de que los propios araucanos eran conscientes de su origen forastero y occidental, por la simple existencia en mapuzungun de la palabra *moluche* («gente de occidente»), por la práctica de un rito funerario consistente en embarcar el cuerpo hacia el oeste —intuitivamente, la dirección más lógica si se busca el horizonte en Chile— y, finalmente, la opinión de dos individuos que apuntaron esta posibilidad, ninguno de ellos indígena —el jesuita criollo Juan Ignacio Molina y el expedicionario estadounidense William J. Thomson—. La última prueba remite al modelo político y de poblamiento de la antigua Grecia: los asentamientos araucanos cumplirían con todas las características que eran propias de una colonia helena, siendo, de hecho, la colonia por excelencia. Se refiere a su organización en comunidades independientes que se federaban en periodo de guerra, como las polis, y a que sus asentamientos estuviesen en la costa o cerca de ella, como todas las colonias griegas. A esto se suma la circunstancia de que la metrópoli y la supuesta colonia se situasen en la misma latitud, aunque de diferente hemisferio. Además, con un enigmático mapa comparativo del «Estado griego» y el «Estado araucano» —como si tales entidades hubieran existido— trata de demostrar que el poblamiento de ambos territorios se

² Véase Dillehay (2017) sobre la compleja etnogénesis de los mapuche de territorio chileno.

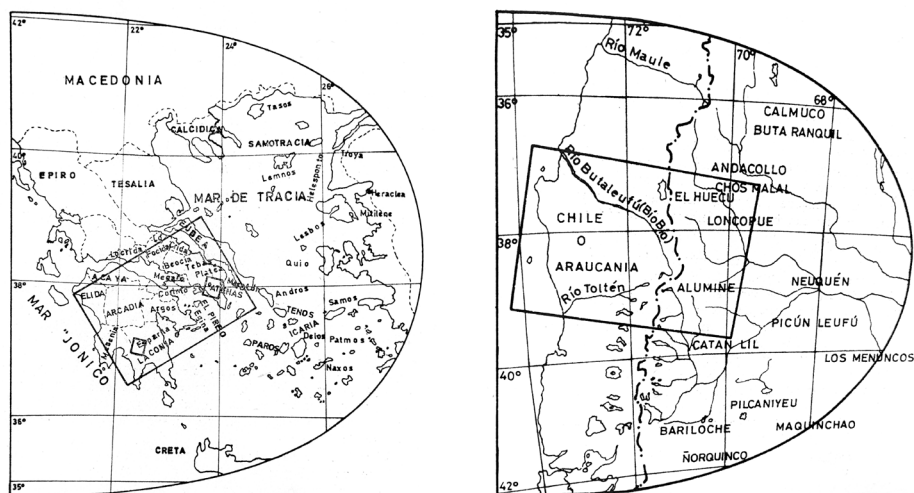


Figura 3. Comparación del poblamiento en forma de delta del «Estado griego» y el «Estado araucano», según Navarrete (Kilapán, 1974, pp. 54-55).

disponía en forma de «delta», lo que demostraría la reproducción de una determinada concepción espacial de origen en el nuevo establecimiento (Figura 3).

Estas consideraciones geográficas se complementan con un capítulo dedicado al célebre mapa del cartógrafo otomano Piri Reis, de 1513 (Kilapán, 1974, pp. 65-72). La supuesta representación que contiene —totalmente imprecisa— de la costa sureste de América y la Antártida, por entonces inexploradas oficialmente, ha suscitado a lo largo del tiempo las más variadas especulaciones sobre posibles exploraciones precolombinas (McIntosh, 2000). Cuenta Navarrete que descubrió este mapa gracias al microbiólogo estadounidense Albert Schatz, que estuvo vinculado un tiempo a la Universidad de Chile. Teniendo conocimiento del borrador del libro de Navarrete, contactó con él en 1969 animándole a explorar el potencial que tenía aquel mapa para respaldar su teoría³. Navarrete recogió el guante y decidió aportar su propia explicación: solo los griegos podían atesorar tales conocimientos geográficos, de modo que, en un argumento circular, si la información del mapa sobre Sudamérica provenía de los griegos, el mapa demostraba que los griegos habían realizado expediciones en Sudamérica.

³ Según Navarrete, su conexión con Schatz derivaba de la pertenencia de ambos a la Sociedad Científica de Chile, presidida por el veterinario chileno de ascendencia alemana Hugo K. Sievers. No he encontrado referencias a esta sociedad genérica, entre las múltiples sociedades científicas especializadas que efectivamente se fundaron en Chile en este periodo; véase <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-92809.html> (Recuperado el 10 de julio de 2025).

Dejando ya las consideraciones geográficas, el segundo pilar de la teoría de Navarrete lo constituyen los rasgos culturales de los araucanos que demostrarían su ascendencia helena. En este ámbito tiene un peso fundamental la lengua, a la que dedicó varios capítulos específicos. Básicamente, hizo una suerte de análisis comparativo entre la «lengua araucana» —el mapuzungun, diríamos hoy— y varias lenguas antiguas, asegurando, en síntesis, que podía identificar un 20% de elementos griegos, un 10% del quechua, un 3% del sánscrito y un 2% del latín, de modo que estaba en condiciones de clasificar a esta lengua como esencialmente indoeuropea (Kilapán, 1974, pp. 80-92). Lo respaldó con una tabla comparativa de términos y un listado de antropónimos y topónimos indígenas cuya raíz sería griega (Kilapán, 1974, pp. 97-111). Los errores y abusos metodológicos de su estudio pseudofilológico podría ponderarlos mejor un especialista. En todo caso, sigue la misma línea de lo comentado a propósito de la toponimia de Asia y el Pacífico, estableciendo vínculos etimológicos arbitrarios⁴ y obviando por completo la normal incorporación de palabras y elementos lingüísticos europeos a lo largo de los últimos cinco siglos⁵. Se acumulan otros argumentos cuestionables, como la cantidad similar de consonantes y vocales, o que ambas lenguas tengan declinaciones, aunque el mapuzungun, en realidad, no tenga⁶.

Junto con la filiación lingüística, se considera un argumento sólido el hecho de que espartanos y araucanos carecieran de escritura y que sus leyes y tradiciones las hubieran transmitido los ancianos oralmente, manteniéndolas intactas a lo largo de los siglos (Kilapán, 1974, pp. 86-88). Desde luego, el carácter rudimentario e inmovilista de la cultura espartana es uno de los principales lugares comunes de su imagen estereotipada (*vid. infra*). Ahora bien, más allá del uso simplista del tópico, en realidad esa coincidencia serviría para casi cualquier sociedad ágrafa. Yendo más lejos, elucubra sobre la posible presencia en Chile del legendario legislador Licurgo. Tratándose de una colonia espartana, podría haber pasado allí un tiempo durante los misteriosos viajes que las fuentes le atribuyen antes de establecer en Esparta la constitución por la que se regiría durante siglos, la Gran Retra revelada en el oráculo

⁴ Por ejemplo, supone que la palabra «apo» (líder) procede de «Apolo» (Kilapán, 1974, pp. 45-46) o que el sistema contable «prom» (más bien *pron* o *pūron*) (*vid. infra*) deriva de «Prometeo» (Kilapán, 1974, pp. 87-88).

⁵ Un ejemplo curioso es la inclusión del topónimo Corinto, un pueblo de la región del Maule. El nombre indígena del pueblo era Pocoa, pero se renombró en el siglo XIX, a raíz de la construcción de un molino que el promotor nombró así en alusión a la misión de San Pablo en Corinto (González Colville, 2019, p. 17).

⁶ Sobre el mapuzungun, véanse las obras de referencia de Salas (1992) y Zúñiga (2022 [2006]), que incluyen, además, repasos historiográficos sobre su estudio y notas comparativas con otras lenguas.

de Delfos⁷. Aunque es cauto en este punto, cree que esa hipotética estancia chilena explicaría que las leyes que se le atribuyen y las del Admapu (o Azmapu) —normativa consuetudinaria mapuche (Melin Pehuen et al., 2016)— fuesen «exactamente las mismas» (Kilapán, 1974, p. 86).

También le otorga importancia al sistema de numeración araucano (Kilapán, 1974, pp. 93-96), sobre el que publicó posteriormente una monografía (Kilapán, 1987). Según él, además de demostrar una sofisticación técnica sin parangón, en última instancia era «copia del sistema decimal de los griegos», equiparando la estructura de los cardinales y los estándares de pesos y medidas. Todo ello quedaría patente en su sistema contable y calendárico a base de nudos, el *pron* o *pūron*, que en realidad es de origen andino y está emparentado con el quipu incaico (Zavala Cepeda et al., 2021).

Otros temas culturales aparecen de forma más puntual o se insertan simplemente mediante figuras. Entre las pruebas arqueológicas, anuncia que, en próximas publicaciones, demostraría que las armas griegas y araucanas eran «exactamente iguales», basándose en los «jarrones» griegos. A modo de anticipo, incluye una comparativa fotográfica de ínfima calidad, de piedras horadadas, que evidenciaría el uso de armas idénticas en Chile y Troya (Kilapán, 1974, p. 71). También avisa de una futura monografía sobre el juego de pelota mapuche «poli» (palín), que, según él, es el mismo que el representado en una escena griega de palestra —con la que ilustra la cubierta del libro— y los frisos del Partenón⁸. Aún con más ligereza, de pasada, identifica paralelismos entre la «Columna de la Pitonisa» —cabe pensar que se refiere a Delfos— y los «rehue» —o *rewe*—, tótems mapuche de madera. Asimismo, la total ausencia de ruinas en Esparta demostraría el uso exclusivo de madera para construir, como en Arauco (Kilapán, 1974, p. 72). También presta atención a la vestimenta, haciendo insólitas acrobacias temporales: compara dos fotografías contemporáneas de mujeres griegas y mapuche con joyas y trajes tradicionales, presuponiendo —más allá de las posibles semejanzas— que estos no habían cambiado en tres milenios; por otro lado, hace un montaje con una fotografía etnográfica de un niño mapuche y una ilustración española de Lautaro del siglo xvii, con el título «¿Niño y guerrero de Grecia?», sugiriendo la obviedad de su aspecto helénico (Kilapán, 1974, pp. 27 y 63). Por último, afirma que ciertos bailes folklóricos argentinos y chilenos (malambo y cueca) son de origen araucano y proceden en última instancia de danzas guerreras ancestrales con vínculos griegos (Kilapán, 1974, pp. 61-62). Sobre esto último, también publicó otro libro (Kilapán, 1996; véase Díaz

⁷ Todo lo relativo a Licurgo es dudoso y está envuelto en mitos. Sobre su recurrente reaparición en las fuentes clásicas, remito a Tigerstedt (1965); una síntesis del estado de la cuestión en Nafissi (2018).

⁸ Se refiere al juego griego *keretizein*. La representación que utiliza pertenece a la base de un *kuros* de ca. 500 a.e. (National Archaeological Museum, Sculpture Collection Inv. N.º. 3477). Ignoro a qué se refiere cuando habla del Partenón.

Soto, 2022, pp. 184-185). Ciertamente, aparte de los mencionados, tenía previstos muchos nuevos volúmenes sobre todos estos temas culturales (Kilapán, 1974, p. 7).

Además, espartanos y araucanos estarían unidos también por rasgos psicológicos comunes: el laconismo en el modo de expresarse, el respeto y consideración hacia las mujeres y ancianos, así como el valor y el desprecio a la muerte en la guerra (Kilapán, 1974, p. 64). En este sentido compara la actitud de Leónidas en el paso de las Termópilas con el sacrificio de los guerreros de Lautaro en el asedio del fuerte de Peteroa (1556). De nuevo, está aceptando de forma acrítica los estereotipos y recursos literarios de las fuentes, antiguas y modernas, así como el peso de los tópicos clasicistas en la construcción del relato de la guerra de Arauco (*vid. supra*).

Para cerrar la cuestión cultural, más allá de las conclusiones concretas, resulta clave su concepción de base sobre la propia disciplina filológica, que ya entonces resultaba anticuada, aunque, en realidad, ha mantenido a lo largo del tiempo una carga ideológica muy potente. Citando obras generalistas de principios del siglo xx⁹, Navarrete se esfuerza en remarcar la idea de que existe una correspondencia cerrada entre los vínculos lingüísticos, la cultura material y el parentesco biológico de los pueblos, refiriéndose específicamente a las poblaciones de raigambre indoeuropea: «Es que el idioma es determinante en las razas; los pueblos se aferran a él, como a sus creencias religiosas» (Kilapán, 1974, pp. 80-81, cita en 81). El modelo es bien conocido: desde el siglo xviii, y con especial contundencia en el xix y xx, la obsesión por identificar el linaje indoeuropeo en el origen de los pueblos de Europa occidental —partiendo de la lengua e imaginando hipotéticas migraciones prehistóricas masivas— condicionó profundamente el desarrollo de las nacientes disciplinas filológica, arqueológica y antropológica hacia una concepción esencialista, compartimentada y jerarquizada de las identidades étnicas que alcanzaría su clímax con el nazismo (Demoule, 2023). Cuando Navarrete escribió esto, ese paradigma podía considerarse obsoleto, al menos en esos términos; no obstante, no parece que el autor tuviera las herramientas para cuestionarlo o matizarlo, ni, aunque las tuviera, estaba aparentemente interesado en hacerlo, considerando sus motivaciones de fondo.

Esto enlaza con el tercer y último pilar de la teoría de Navarrete, el criterio racial, que se desarrolla particularmente en los capítulos «Los araucanos son blancos» y «Los araucanos son altos» (Kilapán, 1974, pp. 73-80). El punto de partida fundamental es la distinción entre la «raza araucana» —a la que afirmaba pertenecer— y la «mapuche», aunque históricamente se los hubiera confundido, empezando por los españoles. Los mapuche serían originarios del territorio argentino y tendrían un fenotipo típicamente americano, en tanto que estaban emparentados con los demás pueblos del continente. Por el contrario, los araucanos serían los

⁹ En concreto, a Nikolaj Rubakin (*El origen de los idiomas humanos*) y Will Durant (*La vida de Grecia*).

descendientes directos de los colonos espartanos y conservarían las características de tipo ario —altos, rubios y de ojos claros—. Además, habrían mantenido su población estable a lo largo del tiempo, concretamente un número prefijado de 360.000 individuos. Con este límite se habría logrado el perfecto equilibrio entre abastecimiento y defensa: era óptimo de acuerdo con los recursos naturales de su territorio, para evitar la superpoblación y la escasez, pero suficiente para resistir ante agresiones externas. Esa conservación milenaria de la pureza racial y la integridad del grupo habría sido posible gracias a la aplicación rigurosa de un sistema eugenésico que era propio de su idiosincrasia espartana: el control de la natalidad, la eliminación de los hijos «defectuosos», la esterilización de ciertas mujeres y la poligamia (Kilapán, 1974, p. 93). Lamentablemente, no desarrolló más detalles sobre estos métodos, remitiendo a futuros ensayos que no llegaron a publicarse. No obstante, sí comenta su preocupación porque esas condiciones de conservación estuviesen cambiando; en los últimos tiempos, la raza araucana se estaría degradando —lo que era especialmente evidente en la estatura— por la relajación de las costumbres, la pérdida del ideal guerrero y el abandono de los ejercicios gimnásticos, así como la desnutrición y el alcoholismo (Kilapán, 1974, pp. 76-77).

Asimismo, esta distinción racial habría estado imbricada en la estructura social, económica y política de la región mientras fue independiente (Kilapán, 1974, p. 73). Imaginando una especie de sistema de castas, Navarrete distinguió tres grandes grupos. En lo más alto, los araucanos puros, descendientes de los griegos, constituían la élite social, como los hoplitas de Esparta, y se autodenominaban «konas», derivación del *kuros* griego; los mestizos, los «yanaconas», cumplirían la función de auxiliares en la guerra, de manera similar a los periecos en Esparta¹⁰; el resto —se intuye que los mapuche— se ocuparía de las labores del campo, como los ilotas, con la diferencia de que sus hijos podrían salir de esa condición y ascender socialmente si demostraban aptitudes. Esto último debía interpretarse como un perfeccionamiento del sistema espartano original, cuya rigidez habría sido causa de conflictos sociales en la metrópoli; tras aprender de esos errores y corregirlos en la nueva colonia, se habría conseguido que reinase una perfecta hermandad.

Para defender la realidad de ese tipo racial ario, en primer lugar, utilizó tres fuentes del siglo xvi donde efectivamente los araucanos se describían como blancos y altos. En concreto, remitió al poeta Alonso de Ercilla, el cronista Pedro Mariño de Lobera y, ocupando un lugar de honor, una de las célebres cartas enviadas al emperador Carlos V por parte de Pedro de Valdivia, pionero colonizador de Chile y

¹⁰ El término *yanacona* efectivamente definía a los ayudantes o auxiliares, pero era propio de la cultura incaica —la palabra procede del quechua— y los españoles la adoptaron y extendieron su uso para referirse a los indígenas auxiliares y sirvientes durante la conquista.

fundador de Santiago: «La gente es crecida y blanca»¹¹. De nuevo, la selección aislada, interesada y descontextualizada de las fuentes se puso al servicio de una explicación predeterminada. Lo cierto es que las descripciones físicas de los mapuche en las crónicas y literatura de los primeros periodos es variada, confusa y, a menudo, contradictoria. Además, las alusiones a la blanquitud indígena siempre iban ligadas a una serie de virtudes altamente subjetivas (hermoso, fornido, bien dispuesto, bien agestado, amable, etc.). Es decir, que la claridad de la piel aparecía como una virtud más cuando se quería representar al *buen salvaje* idealizado, al noble contrincante, del mismo modo que desaparecía al presentar al caníbal deshumanizado que debía ser sojuzgado o exterminado. Era, fundamentalmente, un recurso retórico en ese complicado juego de espejos de legitimación y autojustificación que caracterizó a la crónica y literatura colonial en Chile. Aún más etérea es la cuestión de la altura, por su carácter relativo —¿altos comparados con quién?— y por sumarse a una serie de atributos físicos y psicológicos —valor, agilidad, fuerza, rapidez, etc.— que tienen mucho que ver con la dignificación y equiparación bélica de aquel enemigo imposible de derrotar (Casanova Guarda, 1996; Huidobro Salazar, 2017b; Valenzuela Torrealba, 1986, pp. 51-76).

A continuación, Navarrete recopila testimonios de viajeros, naturalistas, historiadores y antropólogos de entre los siglos XVIII y XX. Aquí se mezclan muchas cosas de diferente entidad, incluyendo licencias literarias y comentarios a la ligera, pero, sobre todo, bastantes alusiones relativas al caso específico de los habitantes de Boroa (Nueva Imperial, Araucanía), célebre por su alta proporción de individuos altos, blancos y de pelo y ojos claros. En general y en este caso en particular, Navarrete está obviando los procesos de mestizaje que habían avanzado a esas alturas, después de siglos de interacción, por mecanismos diversos, como el comercio normalizado, el asentamiento de pequeñas colonias europeas o el recurrente secuestro de mujeres europeas o criollas en los *malones* o *razzias* fronterizas. En todo caso, Navarrete simplemente replica patrones de generalización y clasificación que eran propios de las nuevas teorías raciales (*vid. infra*).

Esta selección sesgada y acrítica de los textos se pretende reforzar mediante la observación empírica (Kilapán, 1974, pp. 75-76). En este sentido, maneja como pruebas válidas las impresiones recibidas de turistas con los que había hablado o la «belleza europea» de la hija de un profesor suyo. Se añade a esto la arbitraria comparación entre dos estatuas: el Diadúmeno de Policeto y una escultura reciente del héroe mapuche Caupolicán, realizada por un tal Jorge Infante (Figura 4) (Kilapán,

¹¹ En realidad, la cita completa sería: «La gente es crecida, doméstica y amigable y blanca y de lindos rostros, así hombres como mujeres» (carta de Pedro de Valdivia al emperador Carlos V, Concepción, 25 de septiembre de 1551, transcripción de Mario Ferreccio Podestá, en Rojas-Mix, 1991, p. 166).

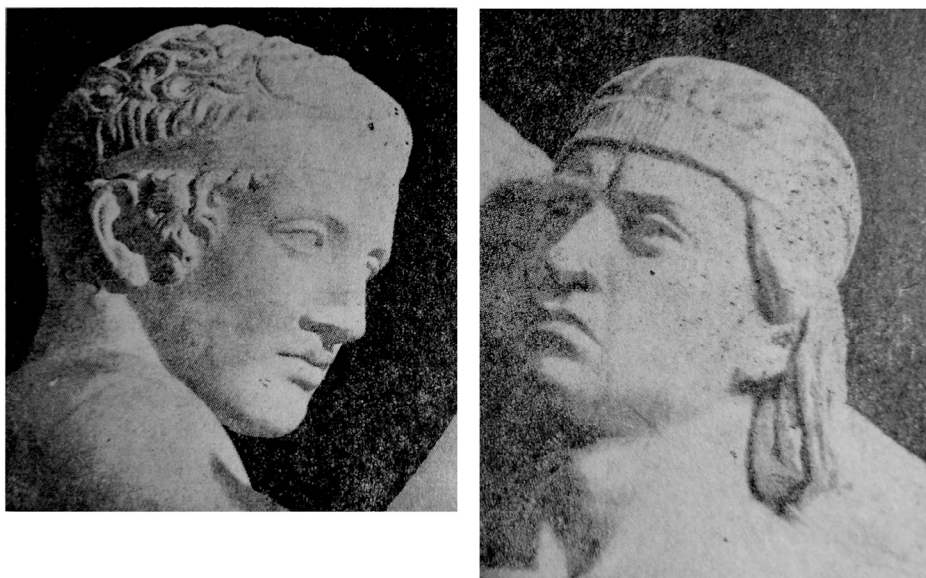


Figura 4. Comparación entre el Diadúmeno de Policleto y una estatua contemporánea de Caupolicán (Kilapán, 1974, p. 75).

1974, p. 75)¹². Según Navarrete, la coincidencia del perfil griego en ambos —además de la cinta del pelo— demostraría definitivamente el parentesco de griegos y araucanos. Se obvia por completo la incidencia de los convencionalismos neoclásicos en el arte contemporáneo, que fueron muy propios, además, de las representaciones prototípicas de los héroes de la guerra de Arauco (Herrera Styles, 2017), pero también el simple hecho de que ignoramos cómo era el rostro de Caupolicán, de modo que cualquier retrato suyo solo puede ser fruto de la imaginación artística.

En realidad, la gran peculiaridad de Chile, según Navarrete, es que allí habían confluido dos razas propiamente «indogermánicas»: esa raza araucana de origen espartano y la raza germánica de los españoles de ascendencia goda. Al inicio del libro se dedica un breve apartado a la gesta de Cristóbal Colón (Kilapán, 1974, pp. 41-44). Aunque, en principio, parece fuera de lugar, su propósito es apuntalar la idea de la feliz confluencia greco germánica en América:

Corresponde la gloria: a los indogermánicos, los griegos: a) Porque Colón era de ascendencia griega; b) Porque la realización del descubrimiento se debe en gran parte al conocimiento y a los mapas que los griegos tenían de la redondez de la Tierra [...]; c) Porque la reina Isabel de Castilla, era de ascendencia germánica. (Kilapán, 1974, p. 41).

¹² No he podido identificar la estatua de Caupolicán. Es posible que el autor fuese el cineasta y escultor Jorge Infante Biggs (1897-1975).

Avanzando en esa línea, se presupone que los españoles que llegaron hasta Chile, territorio lejano y hostil por excelencia, tuvieron que ser los españoles más aventureros y valientes, es decir, aquellos que tenían el componente godo más intacto, pues «Los godos realzaron en España el espíritu guerrero y caballeresco» (Kilapán, 1974, p. 77). Al contrario habría ocurrido en otras zonas más cómodas y agradecidas, como Nueva España, donde habrían llegado los acomodaticios agricultores y comerciantes.

La tesis de la confluencia aria en Chile reapareció en el siguiente libro de Navarrete, *O'Higgins es araucano: 17 pruebas, tomadas de la historia secreta de la Araucanía* (1978). La idea central es que Bernardo O'Higgins (1778-1842), uno de los padres de la Independencia de Chile, además de sangre irlandesa por su padre Ambrosio O'Higgins, tenía sangre araucana, porque su madre, Isabel Riquelme Meza, era indígena en secreto. Así, el héroe nacional por excelencia sintetizaría en su persona la esencia blanca de Chile. No por casualidad, el libro se publicó en 1978, año del bicentenario del nacimiento de aquel prócer de la patria con el que Pinochet gustaba identificarse (Frex, 2021, pp. 187-189). Más allá de esta revelación, se concretan más aspectos de su clasificación racial, enfatizando el factor de la blanquitud indígena: los mapuche puros eran entre blancos y morenos, de estatura media y tenían una mancha en la espalda —mancha coxial, llamada cayana—; los mestizos eran casi blancos, más altos, y también con mancha; los descendientes directos de los espartanos eran blancos, medían sobre el metro ochenta, tenían los ojos verdes y solo algunos nacían con la mancha (Kilapán, 1978, pp. 31-32).

En el nuevo libro también se desarrolla una idea que solo había apuntado en *El origen griego de los araucanos* (Kilapán, 1974, pp. 11, 13 y 19): que los araucanos tienen poder telepático. Esta capacidad sería inherente al hombre primitivo, pero se habría perdido con el desarrollo del lenguaje; en cambio, esta raza la habría seguido entrenando, manteniéndose así en contacto sus representantes de Asia, Oceanía y América. Esta sería una de las causas del triunfo de la resistencia a los españoles, por el hábil uso que hicieron de la telecomunicación líderes como Lautaro (Kilapán, 1978, pp. 15-16). Ya se ha señalado (Frex, 2021, pp. 190-193) cómo, en última instancia, estas creencias remiten a la popularidad de la parapsicología de época victoriana y, en particular, las especulaciones acerca de la práctica de la telepatía por ciertos pueblos indígenas dentro del imaginario imperialista británico (Luckhurst, 2002, pp. 148-180). No obstante, nuestro caso puede relacionarse de manera más inmediata con el paranoico ambiente de la Guerra Fría, cuando circularon ampliamente en la prensa rumores acerca de los experimentos sobre el uso de la telepatía por parte de los ejércitos estadounidense y soviético (Francescutti Pérez, 2022, pp. 79-81).

En principio, Navarrete tenía pensado desarrollar aún más su teoría racial en un futuro libro, *Origen del hombre americano y parentesco entre araucanos*,

arios, germanos primitivos y griegos (Kilapán, 1978, p. 61). En todo caso, en algunas entrevistas realizadas en medios nacionales tuvo la oportunidad de desarrollar y exponer la utopía racista y eugenista con la que identificaba a la sociedad araucana:

Para mejorar la raza se escogía a los jóvenes aptos física, mental y espiritualmente, para que tuvieran hijos. Si no, se esterilizaba a la mujer. Autorizando el matrimonio, los chiliches debían casarse en verano, cuando las frutas están maduras, para que las guaguas nacieran en primavera y estuvieran bien crecidas para enfrentar el invierno. Así no nacían niños defectuosos ni tontos. (Anónimo, 1985, p. 8).

En otra entrevista, concedida poco antes de fallecimiento, al ser preguntado por la relación y diferencias entre araucanos y mapuche, contestó:

Nosotros somos arios, puros, no nos mezclamos con nadie. Ya le dije. Somos distintos a todos los indígenas americanos. A lo más le dimos tierras, malas, desde luego. Ellos venían muy pobres desde Argentina, no traían nada [...]. Tenemos más que una preparación física, tenemos una fantástica preparación mental. Tenemos condiciones parapsicológicas. Si usted me va a atacar, yo la puedo dejar inmóvil. (Lagos, 2002, p. 10).

3. VIEJOS MITOS Y NUEVOS RACISMOS

De entre las múltiples tradiciones que confluyen en la teoría de Navarrete, considero que hay tres principales sobre las que merece la pena detenerse para comprender mejor el trasfondo intelectual y cultural del libro: las especulaciones modernas sobre la colonización de América durante la Antigüedad clásica, el desarrollo de nuevas teorías raciales sobre la nación chilena a principios del siglo xx y el uso del referente espartano en la defensa de programas eugenésicos y de higiene social. La tesis de Navarrete es anacrónica, enmarañada y fantasiosa, pero no surgió de la nada, sino que es deudora de ciertos mitos de largo recorrido en torno al papel de la Antigüedad para explicar el presente de Chile.

En general, efectivamente, su teoría entronca con un rico legado de especulaciones que, desde el siglo xvi, pretendieron solucionar el enigma del poblamiento de América rebuscando indicios en las fuentes clásicas. Si el culmen de la civilización en Europa se identificaba con las colonizaciones griega y romana —y, en menor medida, la fenicio-púnica—, era razonable suponer, desde una perspectiva obviamente occidentalista, que también tendrían algo que ver con el surgimiento

de culturas complejas en el Nuevo Mundo¹³. Los ejemplos son muchos y variados, referidos tanto a la totalidad de América como a regiones concretas. Un pionero en esta línea fue el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien, en su *Historia general y natural de las Indias* (1535-1577), defendió la identificación de las Antillas con las islas Hespérides, de modo que el antiguo dominio sobre ellas del —ficticio— rey Hespero, servía para apuntalar los derechos de la Corona española sobre el Nuevo Mundo (Baraibar, 2015; Coello de la Rosa, 2012). Su interesado uso de la historiografía, geografía y mitología antiguas sirvió de inspiración a autores posteriores para desarrollar, con planteamientos y motivaciones diversos, sus explicaciones anticuaristas. En la *Historia Índica* (1572) del explorador Pedro Sarmiento de Gamboa, obra pionera sobre la cultura incaica, se defendió el poblamiento encabezado por los descendientes de Noé, pero sin renunciar a la posibilidad de que Ulises hubiese recalado en Yucatán, a juzgar por los vestidos y signos de apariencia griega que allí había (Kalil, 2015, pp. 141-148). Especialmente importante dentro de esta tradición fue la obra del misionero dominico Gregorio García, *Origen de los indios de el Nuevo Mundo e Indias Occidentales* (1607), donde compiló múltiples teorías para concluir que la diversidad americana solo podía explicarse considerando la superposición de distintas colonizaciones de origen fenicio, griego, romano, hispano y chino (Gómez Díez, 2020). Específicamente, sustentó la idea de la colonización helena en la supuesta existencia en Perú de inscripciones aparentemente griegas, así como la semejanza con algunas costumbres incaicas, como la transmisión oral de relatos tradicionales (Valenzuela Matus, 2017, p. 28).

Esta idea también prosperó específicamente para el caso chileno. Un ejemplo muy interesante es el del misionero jesuita Diego de Rosales. En su *Historia general del reino de Chile. Flandes indiano* (ca. 1674) siguió la estela de Fernández de Oviedo y Gregorio García para defender su propia teoría particular: que los araucanos y los españoles estaban emparentados. Según él, los primitivos hispanos habrían colonizado América desde las Hespérides —que localizó en Cabo Verde—, haciendo escala en la desaparecida Atlántida y llegando al actual Brasil, desde donde habrían colonizado también el territorio chileno. La desconexión con Hispania les habría mantenido en un cierto estadio de barbarie, si bien conservando una esencia compartida con los modernos españoles que se manifestaba especialmente en su ferocidad y valentía (Baraibar, 2016). Ciertamente, si buena parte de las preocupaciones etnográficas del momento se enfocaban en la necesidad de entender y justificar la inusitada resistencia mapuche al Imperio español, la mejor explicación posible era que, al fin y al cabo, también eran españoles.

Lo cierto es que Navarrete obvió estas primeras teorías, aunque le habrían resultado muy útiles, lo que dice mucho de sus carencias bibliográficas. Solo mencionó

¹³ Dejo aparte las explicaciones de corte bíblico, muy abundantes, o las más racionalistas, como la de José de Acosta (Kalil, 2015, pp. 92-133 y 159-205; Valenzuela Matus, 2017).

de pasada a Gregorio García y Rosales, pero por otras cuestiones anecdóticas (Kilapán, 1974, pp. 40 y 79) y quizá por referencia indirecta. Por el contrario, su gran inspiración en este sentido proviene del ilustrado jesuita Juan Ignacio Molina (1740-1829). Nacido y formado en Chile, se asentó en Italia tras la expulsión de la orden de los dominios españoles. Desde Bolonia escribió una prolífica obra en italiano de corte historiográfico, etnográfico y naturalista que lo convierte en un intelectual clave en la transición entre el periodo colonial y el Chile independiente, gozando además de una notable proyección internacional (Hanisch Espíndola, 1999; Ronan, 2002). En general, su trabajo debe contextualizarse en la llamada Disputa del Nuevo Mundo, controversia promovida por ciertos intelectuales europeos que propugnaban la inferioridad de la naturaleza americana y sus pobladores (Gerbi, 1982 [1955]). En buena medida, la motivación fundamental del trabajo de Molina era la puesta en valor de la riqueza natural y el potencial económico del territorio chileno, así como la dignificación de los indígenas y sus posibilidades de desarrollo bajo la eficiente tutela criolla. Con este objetivo de fondo, en el rico contenido etnográfico de su obra se emplean a menudo paralelismos entre las costumbres de los mapuche y las de los antiguos germanos, griegos y romanos (Valenzuela Matus, 2018, pp. 118-138), de acuerdo con la lógica, deudora de Bartolomé de las Casas, de ubicar a los indígenas en un estadio equivalente al de la Antigüedad europea, con el objetivo de equiparar sus condiciones para la civilización.

Trascendiendo el aspecto puramente etnográfico, la cuestión tiene una dimensión racial, de modo que la obra de Molina puede considerarse un punto de inflexión de la historia intelectual chilena en este sentido (Lepe-Carrión, 2015; 2016, pp. 172-189). Molina consideraba que los dos pilares de la emergente República chilena debían constituirlos, por un lado, los criollos, descendientes directos de los colonizadores europeos y legítimos gobernantes y, por otro, los indígenas de «sangre pura» («sangue puro») que identificaba como los «chilenos genuinos» («Chilesi genuini»), detentadores de la esencia nacional, con una historia heroica y una predisposición natural para la civilización. La cuestión es que ambos, criollos y araucanos, serían fundamentalmente blancos y altos, frente a los negros, mestizos y otros indígenas, claramente inferiores en todos los aspectos (Lepe-Carrión, 2015, pp. 293-308; 2016, pp. 178-189). En torno a esta idea se refirió a los habitantes de Boroa, antes mencionados.

En una obra tardía, las *Memorie di storia naturale* (1821-1822), incluyó un estudio clave para completar la idea de las coincidencias entre criollos y araucanos, la «Memoria XIIª. Sulla propagazione successiva del genere umano». En ella discutió diversas cuestiones acerca del poblamiento de América y, en general, se inclinó por aceptar la teoría de la migración de poblaciones asiáticas a través del estrecho de Bering en varias oleadas. No obstante, propuso una sola excepción: más tardíamente, probablemente en la época de la campaña asiática de Alejandro Magno o poco después, una expedición greco-india habría atravesado el Pacífico para asentarse

en el Occidente de Sudamérica. Eso explicaría los adelantos técnicos y culturales de los indígenas de Perú y Chile —tejido, metalurgia, agricultura, ingeniería hidráulica, tácticas militares, etc.— antes de la llegada de los españoles, así como las semejanzas que podían encontrarse entre sus lenguas y el griego (Molina, 1965 [1822], pp. 32-34; véase Astorgano Abajo, 2022, pp. 277-278; Valenzuela Matus, 2018, pp. 137-138). Puede considerarse en Molina una compleja combinación, muy propia del momento, de planteamientos muy tradicionales y nuevos métodos racionalistas en la búsqueda de la identidad chilena, que a menudo ha sido simplificada por la exaltación de su figura como precursor de la ciencia contemporánea (Fuenzalida Caro, 2009).

Sin duda, Molina fue una fuente de inspiración fundamental para Navarrete y, en efecto, es el autor más citado, aunque acabó llevando aún más lejos sus ideas. A propósito de esto, *El origen griego de los araucanos* se inicia con un prólogo de Rodolfo Jaramillo Barriga, investigador, editor y traductor de la obra de Molina (Kilapán, 1974, p. 9). Evidentemente, al encargárselo, Navarrete buscaba la validación de un experto de su particular lectura del jesuita. No le salió bien. Amablemente, Jaramillo valoró la arriesgada postura de Navarrete, pero deslizándolo endeble que le parecía su sustento científico, y dejando recaer en una cita de Lactancio su opinión al respecto: «El primer paso de la sabiduría es conocer lo que es falso; el segundo, discernir lo que es verdadero» (a partir de Lactant. *Div. inst.* 7.1).

Podría considerarse a Molina una pieza clave en el proceso de integración simbólica —o, más bien, apropiación o absorción— de lo mapuche en el imaginario nacional criollo de la temprana República. Es un buen ejemplo, también, de los términos netamente europeizantes y de *blanquitud* en los que se articuló. Como anticipé en la introducción, la guerra de Ocupación promovería una tendencia más hostil hacia lo indígena en la segunda mitad del siglo XIX, así como la idea de la inevitable extinción de su realidad, subsumida por el inevitable progreso. Sería ya a inicios del XX cuando volverían a buscarse fórmulas con las que replantear el lugar de lo indígena dentro de la identidad chilena, ahora desde el nuevo paradigma de los nacionalismos de corte racista que era propio del ambiente intelectual y científico del momento.

En este sentido destaca especialmente, por su influencia decisiva, el médico y ensayista Nicolás Palacios (1854-1911) que, junto con Molina, fue el otro gran referente de Navarrete. En su obra *Raza chilena* (1904), muy influenciada por las ideas del británico Herbert Spencer, preconizador del darwinismo social, defendió una novedosa y radical reinterpretación de la realidad étnica de Chile, promoviendo la tesis de la existencia de una homogeneidad racial en la base social del país (Bivort Salinas, 2020; Subercaseaux, 2011, vol. 2, 281-298; Walsh, 2021, pp. 82-101). Propugnó que el auténtico chileno —al que identifica con el «roto», el mestizo de clase baja que conformaba la gran masa social— era resultado de una mezcla araucanogótica, derivada de las relaciones mantenidas, de manera sistemática y polígama,

entre los conquistadores varones españoles, de ascendencia goda y características nórdicas, y las mujeres «araucanas», representantes de esa raza digna, belicosa, y también blanca, que alabaron Ercilla y los cronistas y que tan parecidos resultarían a aquellos germanos que describiera Tácito. Este mestizaje se habría seguido perpetuando tras la Independencia, si bien manteniéndose fundamentalmente aislado de otras castas contaminantes. Las similitudes entre las dos estirpes, tanto físicas como psicológicas —ambas patriarcales, frugales, belicosas, patrióticas, etc.—, habría propiciado una mezcla ideal, homogénea y fértil.

Entre otras tradiciones, Palacios estaba aplicando al caso chileno el mito del goticismo español. La vinculación genealógica de los españoles con los pueblos germánicos por la vía visigoda, originado como discurso de legitimación dinástica en época medieval y moderna, se convirtió en los siglos XIX y XX en uno de los pilares del nacionalismo romántico y esencialista (Cortés Arrese, 2012; Tejerizo García, 2016), ganando especial trascendencia, en su versión más racista, en la primera etapa filonazi de la dictadura franquista (Tejerizo García, 2017).

Por otro lado, contextualizó Palacios este fenómeno en una lucha universal entre dos grandes razas, la germánica y la latina, partiendo de la tesis de los supremacistas franceses Joseph Arthur de Gobineau y Georges Vacher de Lapouge¹⁴. La raza chilena, que constituiría un caso único en Latinoamérica, representaba uno de los grandes triunfos de lo germánico en ese conflicto universal. No obstante, su integridad estaría bajo seria amenaza por culpa de la migración y las políticas de una élite corrupta que abocaba a las clases populares a la desidia, el abandono físico y los vicios, cuando no era conducida por la prensa «latinizada» a los funestos brazos del socialismo, el feminismo o el anarquismo (Sánchez Delgado, Riobó Pezoa, 2020, pp. 200-208; Walsh, 2021, pp. 82-98).

Palacios planteó su obra como explícitamente heterodoxa, polémica y antieitista, de modo que se le incluye en los conocidos como «ensayistas de la crisis», jóvenes intelectuales que, desde distintos marcos ideológicos, arremetieron contra el inmovilista sistema oligárquico vigente en el cambio de siglo (Silva Avaria, 2008, pp. 107-145; Subercaseaux, 2011, vol. 2, tomo III). Sin embargo, el ensayo de Palacios tuvo una notable repercusión —positiva y negativa— y acabaría convirtiéndose en una obra de culto del pensamiento nacionalista y conservador chileno, con especial entusiasmo desde los movimientos cercanos al nacionalsocialismo (Sánchez Delgado, Riobó Pezoa, 2020, p. 200; Walsh, 2021, pp. 98-101). Gran parte de su fama puede achacarse al abogado e historiador Francisco Antonio Encina Armanet (1874-

¹⁴ Sobre esta disputa, en general, véase Litvak (1980). Otro ejemplo similar, dentro de este mismo marco de rivalidad racial universal y conexiones entre Europa y América, es la teoría propugnada por Florencio de Basaldúa sobre el vínculo entre vascos y mayas (Duplá Ansuategui, 2023). Existen otros ejemplos previos, sobre el origen ario de los pobladores de Perú, Vicente Fidel López, y Brasil, Francisco Adolfo de Varnhagen (Kalil, 2015, pp. 339-368). En todo caso, Navarrete no parece conocer sus teorías.

1965), quien aplicó sistemáticamente los planteamientos de Palacios a su *Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891* (1940-1952), un manual repetidamente reeditado con mucho éxito, marcando profundamente la formación de varias generaciones de chilenos (Walsh, 2021, pp. 100-101). Navarrete también citó a Encina con mucha frecuencia a propósito de las virtudes de la raza araucana.

Desde luego, el carácter ultranacionalista de la dictadura cívico-militar de Augusto Pinochet (1973-1990) generó un caldo de cultivo favorable para la intensificación de las elucubraciones sobre la raza y la identidad chilena, así como su excepcionalidad en Latinoamérica, especialmente en su «versión militar-racial», en la cual los factores de blanquitud e idiosincrasia belicista ocupaban un lugar central (Larraín, 2014 [2001], pp. 124-131 y 145-158). Sirva de muestra la reedición de la obra de Palacios en 1987, con un significativo éxito de ventas y una notable repercusión, sobre todo en la prensa, donde no faltaron entusiastas celebraciones por su revitalización, pese a las críticas recibidas desde el mundo académico (Bivort Salinas, 2020, pp. 61-70).

Parece claro que Navarrete se inspiró en Molina para imaginar una antigua colonización griega y creó su propia versión del mito de la nación araucano-gótica de Palacios. Ahora bien, su principal elemento distintivo es Esparta. Ni Molina ni Palacios otorgaron ningún papel a los lacedemonios en sus teorías sobre los mapuche. También debemos descartar que Navarrete fuese un gran helenista, ni siquiera particularmente aficionado a los estudios clásicos, si tenemos en cuenta la rudimentaria documentación que manejó sobre el mundo griego para su libro¹⁵.

¿Por qué, entonces, los espartanos? Desde luego, nunca destacaron como potencia exploradora ni colonizadora; el propio Navarrete señala la excepcionalidad que supone la colonia de Tarento. Sin embargo, sí han contado con un especial atractivo, propicio para que múltiples figuras, naciones y movimientos hayan querido compararse o emparentar con ellos. Su idiosincrasia austera y militarista, sus costumbres ancestrales y su célebre sacrificio contra los persas en las Termópilas conforman un arquetipo muy particular dentro del imaginario de la Antigüedad clásica. Es conocido que, en gran medida, se trata de un mito construido desde Atenas sobre los que fueron sus grandes rivales dentro del mundo griego. Ha sido bien estudiado cómo generaciones de intelectuales atenienses alimentaron un *espejismo*, una proyección de su propia identidad e inquietudes sobre aquellos griegos

¹⁵ Con diferencia, su principal referente para contextualizar la cultura y colonización griegas es la *Historia del Mundo* de José Pijoán Soteras, un manual de Salvat (Barcelona) en cinco tomos, escrito en la década de 1920 y después ampliamente reeditado y difundido en Hispanoamérica. En menor medida, citó otros trabajos más especializados, pero de manera muy aislada y a propósito de datos muy elementales: *La vida de Grecia* de Will Durant (1939) y *Los griegos* del británico Humphrey Davy Findley Kitto (1951). En otros casos parecen citas indirectas, como la que incluyó de Gustav F. Hertzberg, sin mención al libro de origen ni número de página, y con errata en el nombre («G. H. Kertzberg») (Kilapán, 1974, pp. 49-50).

alterizados a base de exageraciones y simplificaciones, ya fuese para criticarlos o para admirarlos —como Platón—. No obstante, desde Heródoto hasta la actualidad, su imagen ha generado una innegable fascinación, plasmada en todo tipo de géneros y formatos, académicos o creativos, más profundos o superficiales, y desde múltiples marcos ideológicos¹⁶. La etnografía de América no es una excepción. Los espartanos aparecieron a menudo para contrastar las costumbres de diversos pueblos originarios, a menudo en torno a la cuestión del sacrificio humano y el infanticidio, pero también en lo relativo a la forma de vida sencilla, la organización igualitaria o la dignidad guerrera. Como también ocurrió con los germanos de Tácito, se encontró en los espartanos y otras realidades arcaizantes del mundo clásico el modelo sobre el que caracterizar al buen salvaje. Buenos ejemplos tempranos son Michel Montaigne y Bartolomé de las Casas con respecto a los mexicas, o el Inca Garcilaso sobre la organización del Estado incaico (Rawson, 1991 [1969], pp. 176-185).

Desde luego, Navarrete se nutrió de ese imaginario idealizante a la hora de presentar su particular utopía araucana. No obstante, como hemos visto, la pertinencia de Esparta en su obra se concretó además en un aspecto muy específico, la cuestión de la eugenesia y el mantenimiento de la integridad racial que tanto le interesaba. Curiosamente, Molina también había utilizado la comparación entre el infanticidio espartano y el que se achacaba a algunos pueblos americanos, pero lo hizo, al contrario que Navarrete, para desmentir que esa práctica se hubiese dado entre los mapuche, ahondando en su defensa de sus cualidades civilizadas (Molina, 1787, p. 52; 1810, p. 28; véase Valenzuela Matus, 2018, p. 133).

En este punto, cabe señalar que la intelectualidad alemana siempre mantuvo un especial idilio con el espejismo espartano, que fue creciendo a medida que las teorías arianistas ganaban consistencia entre los siglos XIX y XX. Según el paradigma invasionista tradicional, los espartanos eran descendientes de los dorios, pueblo indoeuropeo emparentado con los antiguos germanos. El supuesto aislamiento e inmovilismo de Esparta la convirtió en un reducto incontaminado de aquella raza y su forma de vida, como ocurrió en la irredenta Alemania. Por eso ambos pueblos hermanos se habían caracterizado por la fortaleza física, el orden y la frugalidad frente a un mundo corrupto y reblandecido. Con esta premisa racial de fondo, en el ámbito prusiano se acogió con entusiasmo el ejemplo de la *agogé* espartana en el desarrollo de su influyente modelo educativo, distinguido por la rigurosidad y el entrenamiento físico; asimismo, se miró con peligrosa admiración a la práctica del infanticidio practicado en el monte Taigeto a la hora de elucubrar teorías eugénicas para evitar la degradación de la raza. Evidentemente, la identificación

¹⁶ Sobre el devenir y variantes del mito espartano, antiguo y moderno, remito a Fornis Vaquero (2019); Hodkinson, MacGregor Morris (2012); Powell, Hodkinson (2002); Rawson (1991 [1969]); Tigerstedt (1965-1978).

greco-germana y sus implicaciones más oscuras alcanzarían su clímax con el nazismo (Chapoutot, 2012, pp. 283-338; Fornis Vaquero, 2018, 2019, pp. 252-268; Hodgkinson, MacGregor Morris, 2012, pp. 231-342; Roche, 2013).

Incluyo este excursus sobre Alemania porque difícilmente puede entenderse la historia cultural e intelectual del Chile contemporáneo sin atender a la intensa circulación de conocimientos y académicos alemanes desde el siglo XIX, circunstancia que repercutió decisivamente en sus prácticas educativas, su modelo militar y su desarrollo científico (Sanhueza, 2011). No es que las teorías eugenésicas fuese patrimonio exclusivo de Alemania, pero lo cierto es que su intensa proliferación en Chile se vio muy favorecida por este vínculo particular (Leyton et al., 2015; Sánchez Delgado, 2014; Subercaseaux, 2011, vols. 2, 298-307; Walsh, 2021, pp. 60-81). De hecho, la ciencia nazi tuvo en la Academia chilena una afortunada pervivencia después de la segunda guerra mundial (Leyton, Sánchez Delgado, 2015).

Por supuesto, dentro de esta tendencia, se recurrió de manera casi automática a los antecedentes griegos y romanos y, en especial, el espartano (Sánchez Delgado, 2014, pp. 61-65; Sánchez Delgado, Riobó Pezoa, 2020, pp. 188-200). No fueron pocos los trabajos académicos del ámbito del derecho o la medicina, especialmente durante su apogeo en los años 30, que se centraron en esta cuestión y que respaldaban la conveniencia de aplicar medidas eugenésicas esgrimiendo, entre otros, los buenos resultados logrados en Esparta¹⁷. Por su influencia, destacan en esta línea los médicos Juan Andueza Larrazábal o Eduardo Brücher, así como el doctor de ascendencia alemana Hans Betzhold Hess, con su premiado ensayo *Eugenesia* (1939): «me creo haber visto obligado a ocuparme con algún detalle de la legislación de Licurgo por el enorme valor que como antecedente histórico tiene para las legislaciones de los actuales Gobiernos» (citado en Sánchez Delgado, Riobó Pezoa, 2020, p. 190).

También en su versión menos extrema, en lo relativo a la concepción nacionalista y militarista de la educación deportiva, los lacedemonios estuvieron presentes. En 1928, en el periódico deportivo *Los Sports*, se proclamaba: «se extirparían muchos males que aniquilan la raza y llenan de oprobio la faz de nuestra sociedad. ¡Formemos espartanos chilenos y el alma de nuestros conciudadanos será como la de aquellos admirables luchadores, cuyas virtudes aún resplandecen en nuestra nueva civilización!» (citado en Acuña Rojas, 2020, p. 250). Luis Bisquertt Susarte, médico y profesor de educación física en la Universidad de Chile, y principal difusor de la versión higienista y eugenésica de la disciplina, creía que Esparta estaba renaciendo «amplificada, intensificada, agigantada» en la Alemania nazi (Riobó Pezoa,

¹⁷ Buen ejemplo es la tesis doctoral de Guillermo Millas Parada, *Eugenesia y derecho* (Universidad de Chile, 1936) (véase Walsh, 2021, p. 72), así como las tesis de grado de Manuel Martín Álamos (*La esterilización*, Universidad de Chile, 1935) y la de Amanda Grossi Aninat (*La esterilización y su legislación*, Universidad de Chile, 1941) (véase Sánchez Delgado, Riobó Pezoa, 2020, pp. 188-189).

Villarroel, 2019, p. 678). Cuando Navarrete se inspiraba en Esparta al hablar de la necesidad de salvaguardar la pureza de la raza araucana y su cultivo físico estaba reiterando una idea muy arraigada en el imaginario chileno.

En definitiva, Navarrete recogió varias tradiciones míticas relacionadas con la Antigüedad clásica que disfrutaban en Chile de una especial fortuna, las combinó entre sí y las llevó a su versión más radical e improbable. Si Molina deslizó la posibilidad de una expedición greco-india en época helenística, él la convirtió en una colonización sistemática, la retrotrajo a la época arcaica y afirmó encontrar cientos de pruebas; si Palacios ensalzó la mezcla ideal de las razas araucana y gótica, él defendió que ambos linajes ilustres se habían mantenido segregados e intactos; si los científicos y educadores germanófilos recurrían a la comparación con los espartanos en sus programas eugenésicos, él convirtió a los indígenas en sus directos descendientes. A la altura de 1974, diseñó toda una fantasía racista a partir de una amalgama muy poco sofisticada de antecedentes particularmente peligrosos y de la más variada procedencia. ¿Cómo fue posible? ¿En qué condiciones concretas fue publicada? ¿Qué repercusión tuvo?

4. UN AUTOR ¿ARAUCANO?

Realmente, se sabe muy poco del autor, solo algunas breves semblanzas y notas de prensa cuyos datos, a menudo, proceden directamente de sus propios libros. César Navarrete¹⁸ nació en 1909 en Huaraculén (provincia de Linares, región del Maule) (Rafide, 1984, p. 261) y falleció en enero de 2003 (Bisama, 2013). Fue profesor en el Liceo de Hombres de Talca —actualmente Liceo Abate Molina—, un vetusto centro de educación secundaria (Valderrama Gutiérrez, 2024, p. 14; 2005, p. 3)¹⁹, según algunos, concretamente, profesor de arte (Bisama, 2013; Lizama Murphy, 2016)²⁰. Parece que pasó algún tiempo en el Residencial Europa de Cartagena (región de Valparaíso) (Lagos G., 2002, p. 10) y, en su última etapa, se asentó en Santiago, convirtiendo su casa, según dicen, en un verdadero museo privado (Bisama, 2013).

Siempre se lo define como autodidacta, sin ninguna educación reglada. No obstante, él mismo matizó que, en realidad, era detentador de un conocimiento an-

¹⁸ Frex (2021, p. 184) incluyó como segundo apellido «Barriga», pero desconozco el origen del dato. Por contra, su primer libro (*Grito en el bosque*, 1947) está firmado como «César O. Navarrete N.».

¹⁹ Frex (2021, p. 184) ubicó el liceo en Linares, pero parece una confusión.

²⁰ En el Museo de Arte y Artesanía de Linares hay dos bustos de yeso atribuidos a «César Navarrete» y donados en 1969-1970 que reforzarían esa idea. Uno representa a una mujer desconocida (n.º inv. 285-24) y otro, precisamente, a Juan Ignacio Molina (n.º inv. 200-141).

cestral que constituía la fuente principal de sus teorías (Bertolo, 1974, p. 3; Kilapán, 1974, p. 11; 1992, p. 51; Lagos G., 2002, p. 10). En concreto, afirmaba tener acceso a una «Historia secreta de la Araucanía», que habría sido atesorada y transmitida oralmente durante milenios por un grupo reducido de eruditos indígenas, con dotes parapsicológicas y memoria extraordinaria, cuyo nombre y ubicación resultaba un misterio. Según él, en 1972, los «Siete Sabios Ancianos Venerables» se reunieron en Valdivia y decidieron dar a conocer su arcano relato, autorizándole a él para que lo publicase. En *El origen griego de los araucanos* aclaró que todos los argumentos académicos y referencias bibliográficas que había incluido eran simplemente para «probar a los extraños en forma científica, aquello que para los araucanos no es una novedad, por cuanto todos saben su origen» (Kilapán, 1974, p. 113).

Esto enlaza con su supuesta identidad indígena. Como ya he comentado, Navarrete se consideraba «araucano», motivo por el que se cambió el nombre por el de Lonko Kilapán, al parecer, llegando a registrarlo oficialmente (Bisama, 2013). Lo cierto es que existió un verdadero Lonko Kilapán, José Santos Quilapán (Kilapán o Külapang) y fue un personaje histórico de primer nivel. Lonko (lonco o *longko*) es la denominación de los líderes o caudillos mapuche y, efectivamente, el Kilapán original encabezó una de las últimas grandes resistencias contra el Ejército de Chile durante la guerra de Ocupación, en las décadas de 1860 y 1870 (Bengoa, 2008 [2000]). En una entrevista, Navarrete aseguró que ese era el nombre que le correspondía «por ser el jefe» y por haber nacido en los montes de Kilapán; después añadió que, además, era bisnieto del Kilapán original (Lagos G., 2002, p. 10). Sus confusas explicaciones no logran enmascarar el hecho de que, en definitiva, estaba apropiándose, de una forma bastante burda, del nombre de una figura clave de la lucha mapuche por su independencia (Frex, 2021, pp. 184-185).

En todo caso, la impostación de su supuesto liderazgo dentro de la comunidad va mucho más allá del nombre. En sus libros, Navarrete se atribuía un llamativo listado de cargos y honores en organizaciones políticas y culturales indígenas, en concreto: presidente de la Confederación Indígena de Chile, Historiador Oficial de la Raza Araucana —en ocasiones se habla de un Consejo de Historia de la Raza Araucana—, secretario de la Academia de la Lengua Araucana y presidente del Instituto Araucano de Parapsicología. Este currículum fue reproducido sistemáticamente en todas las notas de prensa y entrevistas que se le dedicaron (*vid. infra*). Quienes se han acercado al personaje de una forma crítica alertan de la dificultad de contrastar estos méritos o directamente afirman su absoluta falsedad (Díaz Soto, 2022, p. 184; Lizama Murphy, 2016). Lo cierto es que resulta complicado, porque el entramado de asociaciones e instituciones indígenas del periodo es complejo y cambiante, y la similitud de algunas denominaciones inducen fácilmente a la confusión. No descartaría que Navarrete hubiese jugado con la ambigüedad de manera deliberada, aprovechando ese desconcierto. En el mejor de los casos, su papel de líder indígena debe ponerse bajo sospecha.

Sirva como ejemplo el cargo que parece más relevante, la presidencia de la Confederación Indígena de Chile, responsabilidad que lo situaría en una posición preeminente dentro del movimiento de los pueblos originarios del país. Además, si creemos las referencias de sus libros y la prensa, habría ostentado este puesto, al menos, entre 1974, cuando publicó el libro que comentamos, y 2002, cuando vuelve a atribuírselo en una entrevista (Lagos G., 2002). Como punto de partida, cabe advertir que no debe confundirse con la Confederación de Sociedades Araucanas (o Mapuches) o la Confederación Nacional de Asociaciones Regionales Mapuches, un sistema de alianzas de decenas de organizaciones previas que confluyeron en el I Congreso Nacional Mapuche de 1969, y que mantendría su vigencia precisamente durante los años 70 (Caniuqueo Huiricapán, 2006, pp. 190-196); por cierto, nuestro protagonista no aparece en la nómina de los 200 delegados de aquel congreso, ni con el nombre de Navarrete ni con el de Kilapán (Navarrete Vergara, 2023). Por lo tanto, estaríamos hablando de una confederación *alternativa* y con un nombre muy similar al de otras organizaciones reconocidas. Las referencias de algunos medios pueden arrojar cierta luz acerca de la verdadera naturaleza de esta entidad.

La más relevante tiene que ver con la creación en 1976 del Consejo Regional Mapuche de las provincias de Cautín y Valdivia, una directiva destinada a hacer de interlocutora entre las comunidades originarias y las autoridades regionales en torno a la cuestión agraria. En una comunicación al gobernador provincial de Cautín, alertaron:

los directores del Consejo [...] han estimado conveniente hacer la siguiente aclaración: 1º Nos hemos informado por el Diario Austral de Temuco del día 25/7/76. La formación de una sociedad indígena con el nombre de Confederación Indígena de Chile en Santiago. 2º la reciente Sociedad [...] no tienen instituciones organizadas que los representen en la IX región ni tampoco en la provincia de Valdivia [...]. 5º Consejo Regional Indígena desautoriza a Confederación Indígena de Chile que se autodenomine representar a los indígenas del País²¹.

La segunda referencia que he podido encontrar sobre esta Confederación data de 1989, en el contexto de la visita a Chile del francés Philippe Boiry, pretendido príncipe en el exilio del ficticio reino de Araucanía y Patagonia. Este Estado fallido, creado en 1860 por el aventurero Antoine Orélie de Tounens con la pretensión de aunar al pueblo mapuche de los territorios de Chile y Argentina, mantuvo

²¹ Oficio ORD. No 709. ANT.: Comunicación del Consejo Regional Indígena. De: Gobernador Provincial de Cautín. A: según distribución. Temuco, 18 de noviembre de 1976. ARA. FI-IX. El documento es reproducido y comentado por Caniuqueo Huiricapán (2013, p. 123). También se menciona que el asesor jurídico de la Confederación era Mario Osses Quiroz; bien podría referirse al abogado de ese nombre, cofundador del Partido del Sur, de corte regionalista, después integrado en Fuerza Regionalista Independiente.

artificialmente su línea sucesoria y, en todo caso, sirvió en determinados contextos para canalizar ciertas reivindicaciones, contando con las simpatías de algunas organizaciones indígenas (Lepot, 1995). El caso es que, a propósito de la visita de 1989, el *Boletín Aukiñ*, medio de organizaciones mapuche en el extranjero²², publicó un artículo en el que se defendía la complejidad del trasfondo de la visita y su valor como revulsivo, más allá de la ridiculización y menosprecio que había recibido desde la prensa chilena y argentina. En este punto, Navarrete y la supuesta Confederación Indígena de Chile son señalados como un instrumento al servicio de aquella campaña de desprestigio:

En cuanto a la prensa chilena, ésta se vio envuelta en un curioso dilema. Al no encontrar ninguna organización Mapuche que criticara o rechazara la visita del Príncipe Felipe, inventó una propia, con un llamativo y ambicioso nombre «Confederación Indígena de Chile» y, como no hay organización sin cabeza visible, nada mejor que —para la ocasión— un *lonko* (jefe, cacique); su nombre Lonko Kilapan, quien será convertido por los medios de comunicación en el «representante del pueblo Mapuche» y así con «bombos y platillos», [...] su función (obedeciendo oscuros propósitos) será protestar por la presencia en Chile del Príncipe Felipe [...]. Más tarde los mapuches desenmascararon el «show publicitario», la «confederación mapuche» no existe y el «lonko», no representa ni a su familia y es más... es *winka*, es decir no es Mapuche, por lo tanto no puede ser lonko. (Marhikewun, 1989).

En el artículo se presenta la Confederación como una invención de Navarrete, que habría sido respaldada e instrumentalizada por la prensa oficialista para tergiversar el posicionamiento favorable de las asociaciones indígenas y neutralizar el potencial desestabilizador que la visita podía tener. Más allá de esta estrategia mediática, se perfila a Navarrete como un estafador: aludiendo a documentación epistolar conservada en Londres, este habría contactado en 1982 con Philippe Boiry, esgrimiendo su impostado parentesco con el verdadero Lonko Kilapán para solicitarle dinero destinado a la construcción de una escuela. Se añade que, ante el engaño, el francés planeaba emprender acciones legales contra Navarrete (Marhikewun, 1989; véase Lizama Murphy, 2016).

La tercera y última referencia a esta Confederación puede parecer anecdótica, pero aporta un dato interesante. En 1992 Navarrete impartió una conferencia invitada en la Academia de Historia Militar, acerca de las costumbres araucanas, que fue publicada después en el anuario de la Academia (Kilapán, 1992). En la presentación introductoria sobre el autor, se le describe de nuevo como el principal representante de las comunidades indígenas del país y se menciona la Confederación, añadiendo la dirección de su sede en el centro de Santiago: avenida de España, número

²² Publicado desde Reino Unido en colaboración del Indigenous Minorities Research Council y el Comité Exterior Mapuche (Gutiérrez Ríos, 2014, p. 44).

170. Sabemos por una entrevista que Navarrete vivía en una *cité*²³ de la avenida de España de Santiago (Lagos G., 2002, p. 10), como la *cité* que aún existe en el número 170. Esto no demuestra nada, pero, teniendo en cuenta los indicios previos, no me parece descartable la hipótesis de que la sede de la Confederación Indígena de Chile fuese, en realidad, su domicilio personal.

Algo similar ocurre con la supuesta Academia de la Lengua Araucana: aparentemente, no existió ninguna organización de cierta entidad dedicada de estudio y reivindicación del mapuzungun hasta 2008, en el marco de acción de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI) (Olate et al., 2019)²⁴. Por su parte, no tengo noticia alguna del Consejo de Historia de la Raza Araucana o el Instituto de Parapsicología Araucana, más allá de las autorreferencias del interesado y su reproducción automática en la prensa. Resulta tentador afirmar la naturaleza totalmente ficticia de estas instituciones, pero creo que no puede descartarse que existieran, si acaso a un nivel muy minoritario, fundamentalmente privado, conformado quizá por un círculo cercano a Navarrete.

Cerrando el cerco en lo más inmediato, el libro que estamos analizando incluye, en las páginas iniciales (Kilapán, 1974, pp. 10-13), un «Informe de los araucanos», redactado por el reconocido poeta mapuche Sebastián Queupul Quintremil, quien, según él mismo indica, era entonces el responsable de la actividad educativa y cultural de la Sociedad Araucana Galvarino, con base en Santiago (Antileo Baeza, 2023). Luego volveré sobre las circunstancias del informe. En cuanto al contenido, aunque el tono del texto es bastante diplomático y Queupul agradecía la «tentativa» de dignificar a su pueblo, rechazaba frontalmente sus teorías: «no me agradaría que a esta raza se le atribuyera el origen griego u otras razas [...]. En cuanto a la relación estrecha que existe entre las palabras griegas y mapuches, yo discrepo, en cierto modo, porque el idioma mapuche no ha sido estudiado a fondo»; agregó además un reproche más amplio: «los historiadores chilenos han quedado detenidos en el pasado, no han estudiado el presente del mapuche y menos el futuro». Tan demoledor resulta que el propio Navarrete sintió la necesidad de añadir una breve respuesta, intentando salir al paso de estas críticas sin mucha fortuna (Kilapán, 1974, p. 11). En un intento adicional de demostrar el respaldo indígena, incluyó una breve nota del también influyente poeta, investigador y divulgador Manuel Ladino Curiqueo, entonces presidente de la Liga Araucana Müllelchue. El texto es absolutamente genérico, una reivindicación del estudio de la historia y la ejemplaridad

²³ Modelo habitacional, característicamente chileno, de vivienda colectiva en torno a un pasaje privado, implementado a principios del siglo xx ante el problema de vivienda derivado de la industrialización y la superpoblación de las principales ciudades.

²⁴ Curiosamente, un ejemplar de *El origen griego de los araucanos* que se conserva en la Biblioteca de la AECID de Madrid (signatura 5B-19004), dedicado en 1976 por el propio Navarrete al embajador de España en Chile, está marcado con un sello de esa misteriosa Academia de la Lengua Araucana.

de los antepasados mapuche, sin hacer una sola referencia al contenido del libro: o evitó deliberadamente mencionar sus teorías o escribió la nota sin haberlo leído. Si estas eran las mejores referencias de los mapuche que Navarrete consiguió para respaldar su libro, su carencia dice mucho de lo alejado que realmente estaba de la comunidad que afirmaba representar.

En definitiva, todos los testimonios indígenas que tenemos acerca del papel de Navarrete como portavoz de su cultura y reivindicaciones son, básicamente, advertencias que lo identifican como un agente externo a la comunidad y, además, contrario a sus opiniones, lo que contrasta con sus propias pretensiones, alimentadas por la prensa oficialista (*vid. infra*). Ciertamente, la posición de las organizaciones mapuche durante la dictadura de Pinochet fue muy heterogénea y compleja. Hubo continuidades y interrupciones, sectores colaboracionistas y opositores, además de multitud de estrategias orquestadas desde el Estado para absorber, desactivar o amortiguar el potencial subversivo de las organizaciones²⁵. Teniendo en cuenta este contexto, haciendo una lectura quizá algo maximalista, se ha llegado a considerar a Navarrete como un «quintacolumnista» de la dictadura dentro del movimiento indígena (Lizama Murphy, 2016). No creo que llegase a ser tan importante, puesto que no parece que contara con ninguna capacidad efectiva de representación o acción política; sin embargo, eso no significa que no tuviese un determinado papel, aunque fuese limitado, dentro de la batalla estrictamente cultural y mediática del régimen.

5. UNA EDITORIAL PRESTIGIOSA EN UNA ÉPOCA OSCURA

Siguiendo esta línea, conviene considerar algunos detalles relativos a las condiciones concretas de la publicación y su repercusión. Ciertamente, considerando lo rocambolesco de sus teorías y, en general, todo lo que rodea al personaje, el caso podría considerarse una simple anécdota si no fuera por el respaldo editorial con el que contó.

Navarrete publicó cinco libros. El primero (*Grito en el bosque*) es un poemario de juventud, aún firmado como César Navarrete y realizado en una imprenta local de Talca (Mejía, 1947). Sus cuatro ensayos pseudohistóricos ya los hemos mencionado: el que nos ocupa se publicó en 1974, *O'Higgins es araucano*, en 1978, *Sistema numeral araucano*, en 1987 y *El origen araucano de la cueca*, en 1995 —aunque

²⁵ En general, sobre la realidad mapuche en el periodo que nos atañe, véase Bengoa (2002 [1999]); Caniuqueo Huircapan (2013, 2014, 2018); Crow (2013, pp. 150-180); Foerster, Montecino (1988); Martínez-Neira Idea, Caniuqueo Huircapan (2011); Pairicán Padilla et al., 2024. Agradezco la atención y sugerencias en este sentido al profesor Fernando Pairicán Padilla (Universidad Católica de Chile).

impreso en 1996—. Estos cuatro volúmenes se editaron en Santiago y con el respaldo, en mayor o menor medida, de Editorial Universitaria.

Cuando hablamos de Editorial Universitaria nos referimos a uno de los sellos académicos más prestigiosos del país. Surgida inicialmente como una cooperativa de apuntes de los estudiantes de la Universidad de Chile, pronto acabó involucrándose la propia institución, constituyéndose legalmente en 1947 como su editorial oficial; de hecho, sería habitual que el presidente del directorio fuese el rector del momento. Cubriendo todas las fases del proceso —edición, impresión, venta y distribución—, se respondía así a una acuciante necesidad en el país de contar con una editorial académica que canalizase la demanda de traducciones y reediciones, así como la creciente producción literaria, ensayística y manualística. Rápidamente se convirtió en un sello de referencia en todas estas líneas y aún lo sigue siendo (Castro Le-Fort, 1999; Chamorro M., 2003; Somarriva Q., 2000; Subercaseaux, 2010, pp. 155-156).

¿Cómo un personaje sin formación académica ni vínculo institucional pudo publicar cuatro ensayos de esas características en esta editorial? Ciertamente, el hecho de que Navarrete encontrase cobertura para sus especulaciones en Editorial Universitaria ya ha llamado la atención (Frex, 2021, pp. 184, 194-195), sin embargo, el grado de implicación debe matizarse. En las publicaciones de la editorial en esta época, su logo y su nombre son claramente visibles en la cubierta y la portada. En los libros de Navarrete nunca aparece el logo y solo una discreta indicación en la contraportada «Impreso en los Talleres de EDITORIAL UNIVERSITARIA»; en el último libro lo hace de forma aún más sutil: «Impresos Universitaria». Sin duda, se trata de la imprenta propia de Editorial Universitaria —la de avenida San Francisco, 454, de Santiago— (Castro Le-Fort, 1999, pp. 3-4; Somarriva Q., 2000, p. 10). La clave sería discernir si la colaboración se ciñó exclusivamente a la impresión o hubo una implicación editorial más profunda. Ciertamente, existen contradicciones y ambigüedades. Como bien se ha señalado (Frex, 2021, pp. 194-195), los libros de Navarrete no aparecen en los catálogos generales de la editorial de esos años (Editorial Universitaria, 1975, 1980), aunque en el índice de autores figura un misterioso «Navarrete, Carlos», sin ninguna obra atribuida (Editorial Universitaria, 1980, p. 191) que podría referirse quizá (con una errata) a nuestro protagonista. La tirada del libro que nos ocupa fue limitada (1000 ejemplares) y, desde luego, hubo un grado de autonomía importante en el proyecto, pues el mismo Navarrete agradeció la financiación a un banquero brasileño, Dionisio Nelson García (Kilapán, 1974, p. 112).

Todo ello sugiere que se marcaron distancias desde la editorial. Sin embargo, esto no excluye el hecho de que contribuyese en cierta medida, aunque solo fuese técnica, y lo hiciese durante dos décadas. Su soporte ayudó a hacer posible que saliera adelante una serie de obras que de otro modo habrían sido difícilmente publicables y, sin duda, influyó en la visibilización y difusión de sus teorías al aportar una imagen de cierta garantía académica. Lo cierto es que nuestras precisiones son

poco relevantes en este sentido, porque, en la práctica, esa discreta referencia de la contraportada ha sido suficiente para que la obra se identifique como una publicación de Editorial Universitaria sin matices; así aparece en varias notas de prensa (Anónimo, 1978; Troy, 1988) e incluso ha suscitado confusión al catalogarla en las bibliotecas institucionales²⁶.

Por otro lado, las fechas son importantes. El mencionado prólogo de Jaramillo está fechado en 1968 y el informe de Queupul Quintremil en 1965. Por otra parte, este último realmente está dirigido a Hugel Hernández Pesce, jefe del Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación. De esto puede deducirse, en primer lugar, que Navarrete llevaba casi una década intentando publicar el manuscrito sin éxito y, en segundo lugar, que estaba recurriendo a instancias oficiales con ese objetivo, lo que explicaría que el responsable del Ministerio encargase un informe de evaluación a un experto. Como hemos visto, la evaluación resultó negativa y, en todo caso, la publicación quedó paralizada durante años.

Todo parece cambiar en 1974. Además de publicarse en una imprenta de prestigio, en una reseña de prensa se añadió el siguiente dato: «Un equipo de expertos del Ministerio de Educación está revisando cuidadosamente el libro para ver el modo de incorporarlo a la enseñanza impartida en los liceos» (Bertolo, 1974). En la misma línea, años después, en una nota a propósito del libro sobre el sistema numeral, se aseguraba que este estaba siendo recomendado por el Ministerio como «material didáctico de Consulta de la Educación Chilena» (Mesa Seco, 1988). Sería interesante comprobar si estas recomendaciones ministeriales fueron auténticas, en qué términos se dieron las supuestas deliberaciones y si, como cabe sospechar, partieron de propuestas formuladas por el propio Navarrete.

Sea como fuere, lo cierto es que la publicación de sus libros tuvo repercusión en la prensa tanto regional como nacional (Anónimo, 1978; Anónimo 1979a; Bertolo, 1974; Cruz, 1974; Mesa Seco, 1988) y, lo que quizá sea más importante, le reportó durante años una relativa popularidad mediática en calidad de experto y representante indígena. Aparte de lo que ya he comentado a propósito de su Confederación y la visita de Philippe Boiry, existen otros casos llamativos. Por ejemplo, se lo entrevistó para que opinase ante una polémica sobre la mala imagen que se había dado de los indígenas en la Televisión Nacional de Chile, a modo de portavoz oficial de la comunidad, bajo el título «Respuesta araucana a programa de TVN» (Anónimo, 1975). Años después de la publicación de su libro, se seguían recuperando sus teorías para tratar curiosidades acerca de la «lengua araucana» (Troy, 1988). Ya he mencionado su conferencia en la Academia de Historia Militar; lo invitaron

²⁶ Por ejemplo, en la Biblioteca Nacional de Chile (000317218) se considera sin editorial (s. n.), mientras que en la Library Congress (F3126 .K54 1974) se vincula a Editorial Universitaria, aunque no el resto de sus libros (F3094.O33 K54 FT MEADE; PM5469 .K55 1987 LANDOVR; GV1796.C82 K55 1995).

precisamente como representante de los indígenas en un acto que conmemoraba los 500 años de la llegada de los españoles a América (Kilapán, 1992). También se lo recordó como experto sobre el origen de los mapuche a raíz de otra controversia mucho más superflua: la búsqueda de los ascendentes europeos del futbolista chileno Marcelo Salas Melinao para que pudiera jugar en el Lazio como jugador comunitario (Valdivia, 1999). Repetidas veces se dedicaron piezas específicamente a las impactantes cuestiones de la telepatía y la eugenesia (Anónimo, 1979b; Anónimo, 1985; Lagos G., 2002). Me refiero siempre a medios periodísticos convencionales de difusión masiva, y en todos esos artículos se repiten sus dudosos cargos y méritos; así se lo convertía en una voz autorizada de cara al público poco informado sobre el movimiento mapuche o los verdaderos avances de la antropología.

Recapitemos. Navarrete ya tenía avanzada su investigación en los años 60, contaba con el manuscrito, al menos, desde 1965 y ya entonces estaba intentando publicarlo inútilmente. Solo unos meses después del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, su libro sale por fin a la luz en la imprenta de la editorial académica más prestigiosa del país. Fue la primera de cuatro monografías que se sucedieron en los años siguientes, todas durante la dictadura, excepto la última, un poco posterior —donde, por cierto, la referencia a la editorial está más camuflada—. Si hacemos caso a la prensa, contaban, además, con respaldo del Ministerio de Educación. Durante ese mismo periodo y con una fama que le acompañó hasta su muerte, recibió una notable atención mediática para exponer sus extravagantes teorías, totalmente inmerecida en lo académico y aparentemente fraudulenta en lo que se refiere a su papel de representante indígena.

Estoy de acuerdo con quien ha considerado que este caso resulta incomprendible si no se pone en relación con el contexto dictatorial (Frex, 2021, pp. 193-198). En general, el Golpe de Pinochet inauguró un ciclo de decadencia cultural en Chile, marcado por la represión, asesinato y exilio de intelectuales, así como el control y censura de la producción artística, literaria y académica, por mucho que estas políticas a menudo resultasen erráticas o que también surgiesen voces contestatarias (Donoso Fritz, 2019). La propia biblioteca de la Universidad de Chile sufrió la purga y quema de parte de sus fondos (Rojas Lizama, Fernández Pérez, 2019) y, en general, el llamado «apagón cultural» tuvo serios efectos en la propia dinámica de la industria editorial (Moral Bravo, Ramos Rojas, 2020; Subercaseaux, 2010, pp. 199-260). En lo que se refiere a Editorial Universitaria, cabe tener en cuenta que, en esos años, el propio gobierno de la Universidad de Chile recayó habitualmente en militares directamente designados por la dictadura, que normalmente ejercieron también como presidentes de la editorial²⁷.

²⁷ Entre los presidentes del directorio de Editorial Universitaria que fueron militares adeptos al régimen, se incluye César Ruiz Danyau, Agustín Rodríguez Pulgar, Hernán García Vidal, Alejandro Medina Lois o Roberto Soto Mackenney (Castro Le-Fort, 1999, p. 5).

No sabemos más detalles sobre el proceso de edición de estos libros, pero hay quien quiso dar respuesta a este enigma mediante la pura imaginación literaria. Navarrete tiene un lugar muy destacable en la novela *2666*, para muchos la obra magna de Roberto Bolaño (2004). De un modo muy inteligente, Bolaño insertó su figura y sus teorías como parte del juego de mascaradas, impostaciones y delirios que recorren la novela. Al mismo tiempo, convertía a Navarrete en un «autor canónico» de la dictadura y la deficiente transición democrática de la Concertación, en tanto que símbolo de la perversión y debilitamiento intelectual del país (Frex, 2021):

el lector activo preconizado por Cortázar podía empezar la lectura con una patada en los testículos del autor y ver de inmediato en éste a un hombre de paja, un factótum al servicio de algún coronel de Inteligencia, o tal vez de algún general con ínfulas de intelectual, lo que tampoco, tratándose de Chile, era muy raro, más bien lo raro hubiera sido lo contrario. (Bolaño, 2016 [2004], p. 307).

La sarcástica reflexión del novelista, más allá de la licencia literaria, no está desprovista de cierta verosimilitud. Sin necesidad de sobredimensionar el papel político de Navarrete, y aunque muchas de las circunstancias concretas de la publicación de su insólito trabajo sean un misterio, parece claro que encontró en la dictadura un ecosistema propicio para su utopía racista, encontrando él mismo su hueco como elemento útil dentro de las dinámicas de desprestigio y desinformación sobre las reivindicaciones indígenas.

6. REFLEXIONES FINALES: TRASCENDENCIA Y POTENCIAL DE LA PSEUDOHISTORIA

Retomando el planteamiento inicial, ¿puede definirse *El origen griego de los araucanos* como una obra pseudocientífica? Quizá merezca la pena, una vez visto el caso y sus circunstancias, hacer un breve ejercicio de clasificación basándonos en aquellos que se han preocupado de sistematizar el fenómeno.

Desde un punto de vista general, el historiador de la ciencia Michael Fagan (2021) estableció diferentes tipos de teorías pseudocientíficas. Creo que nuestro caso participa de todos ellos: *vestigial science*, consistente en la recuperación de creencias o teorías vigentes en el pasado, pero ya consideradas obsoletas, donde encajaría la colonización grecorromana de América; *hyperpoliticized science*, aquella que fuerza métodos y conclusiones para legitimar sistemas represivos y autoritarios, como ocurre con el racismo arianista; *fighting establishment science*, cuando se defienden ideas en contra del consenso científico desde una posición defensiva; y *parapsychological science*, muy claro en este caso, con respecto al tema de la telepatía.

Atendiendo a las especificidades que son propias de la pseudohistoria, resulta especialmente útil la tipología propuesta por David Leeson (2023, pp. 299-313). Diría que este libro encaja bien en el tipo 2, *weird history*, que define a aquellas teorías cuya dinámica dominante es la de forzar los límites de lo plausible y lo implausible, llegando a conclusiones que, si no imposibles, resultan altísimamente improbables con el conocimiento del que disponemos. No obstante, también contiene elementos de los otros tres tipos: el tipo 1, *fake history*, que se basa en fuentes conscientemente falsas —como esa Historia Secreta de la Araucanía de la que surge su teoría—, el tipo 3, *crackpot history*, que parte de teorías de la conspiración —pues algo hay de actitud paranoica ante los supuestos intentos de homogeneizar a los indígenas chilenos— y el tipo 4, *junk history*, aquella que emplea arbitrariamente fuentes y métodos sin ninguna fiabilidad —aplicable especialmente a su metodología comparativa—.

Si dejamos a un lado las tipologías y nos centramos en los criterios para identificarlo como un texto pseudohistórico, nos sirve muy bien el sistemático listado de once indicadores que desarrolló Garret Fagan (2006b, pp. 30-42) para definir la pseudoarqueología. Lo cierto es que todos resultan fácilmente aplicables: adhesión a modelos teóricos anticuados, desprecio o aislamiento respecto de la comunidad científica —véanse las conclusiones de sus propios prologuistas—, impostación de méritos y credenciales académicos, propuestas maximalistas y llamativas, presentación selectiva y descontextualizada de las pruebas, acumulación abrumadora de argumentos derivados de un rango inabarcable de disciplinas, uso de definiciones y conceptos vagos e indefinidos, empleo superficial, descuidado y grosero de las comparaciones, obsesión con lo esotérico, acumulación de errores y argumentos falaces y, finalmente, expectativa de una recompensa al culminar la búsqueda. Esto último puede referirse al descubrimiento de un gran tesoro, lugar u objeto famoso, alcanzar una revelación decisiva o enfrentar un desastre apocalíptico; en nuestro caso, Navarrete soñaba con un resurgimiento de la grandeza de su raza: «Ahora estamos mal, pero mi pueblo esté preparado para levantarse a la orden del jefe, que soy yo. Tenemos armas más poderosas que los F-16 y más eficaces que los torpederos» (Lagos G., 2002, p. 10).

Parece que podemos aceptar, por tanto, que estamos ante un material netamente pseudocientífico, pero eso no tiene por qué significar que deba relegarse a un tratamiento meramente anecdótico. Para empezar, porque la exposición crítica y minuciosa de este tipo de material debe concebirse siempre desde la vocación responsable de minar su credibilidad y contrarrestar sus efectos. Quienes han estudiado estos fenómenos coinciden en alertar acerca de la impredecible e incontrolable difusión y persistencia de esta clase de postulados, debido a la innegable atracción que suscita frente una realidad científica necesariamente sumida en la incertidumbre y la complejidad (Flemming, 2006). Solo me he referido hasta el momento al eco que el libro tuvo de manera coetánea y en medios de comunicación

convencionales, aparte de la novela de Bolaño. No obstante, lo cierto es que la teoría del origen espartano de los araucanos ha disfrutado de una rica vida ulterior dentro del microcosmos de los medios esotéricos y la divulgación pseudohistórica.

Sin duda el resultado más relevante es la traducción del libro al griego, de la que han sido publicadas tres ediciones entre 1997 y 2003, por parte de la editorial Ilodromion, sello con una cierta inclinación por la vertiente más mística y ocultista de la historia de la antigua Grecia (Kilapán, 1997)²⁸. Esto, a su vez, estimuló la publicación de otro libro en Grecia que extiende el argumento lingüístico de Navarrete: *Los espartanos de Chile. Estudio lingüístico, evidencias del origen griego de los araucanos* (Δωρικός y Χατζηγιαννάκης, 2001). Editados ambos en vida del autor, este reconocimiento no hizo sino reforzar la legitimidad de su obra bajo el argumento de que los propios helenos valoraban la obra con más justicia que los chilenos (Lagos G., 2002; Valdivia, 1999). A su vez, la difusión en Grecia propició que el mito se mantuviese allí especialmente vivo. Es de destacar el extenso reportaje realizado por Sócrates Christodoularis en 2018 para el portal web y canal de YouTube Arxeion Politismou. Dedicada monográficamente a la teoría de Navarrete, la pieza incluye un viaje a Chile para realizar varias entrevistas, entre otros, al hijo del autor, Roberto Navarrete²⁹. Asimismo, la idea ha sido retomada de forma reiterada por Michael Issigonis, estudioso de la actividad minera de los minoicos en América³⁰. También podemos encontrar ecos recientes en blogs de habla hispana dedicados a estas temáticas³¹, aunque, aparentemente, sin la intensidad con la que fraguó en Grecia.

Más allá de la relativa importancia que tiene la difusión y pervivencia de un fenómeno como este, he intentado demostrar que su análisis detenido tiene interés y potencial desde el punto de vista historiográfico. Creo que el planteamiento ideal es la combinación de la perspectiva internalista —la propia teoría, con sus argumentos y referentes— y la externalista —las condiciones contextuales de su concepción y repercusión—, tal y como se ha intentado aplicar en este estudio de caso. Por muy insólitas que resulten las ideas del libro, estas no surgieron *ex novo*,

²⁸ Puede consultarse la ficha, sinopsis y breve entrevista con el autor en la web de la editorial: https://www.heliiodromion.gr/anexartito_3_xili.shtml (Recuperado el 10 de julio de 2025).

²⁹ <https://youtu.be/pVjsj02iEl4?si=EqkicDUnHIP3HYFo> (Recuperado el 10 de julio de 2025). Concretamente, se entrevista al antropólogo Jorge Alejandro Neira Rozas, la musicóloga mapuche Elisa Avendaño Curaqueo y el representante de la comunidad griega en Chile Nikoforos Nicolaidis.

³⁰ <https://www.researchgate.net/profile/Michael-Issigonis/> (Recuperado el 10 de julio de 2025).

³¹ Algunos buenos ejemplos son los blogs El Hilo de Ariadna (<https://elhilodoradodeariadna.blogspot.com/2014/01/grecia-en-america.html>) o Código Oculto (<https://codigooculto.com/civilizaciones-antiguas/fue-chile-colonizado-por-los-antiguos-griegos/>) (Recuperado el 10 de julio de 2025).

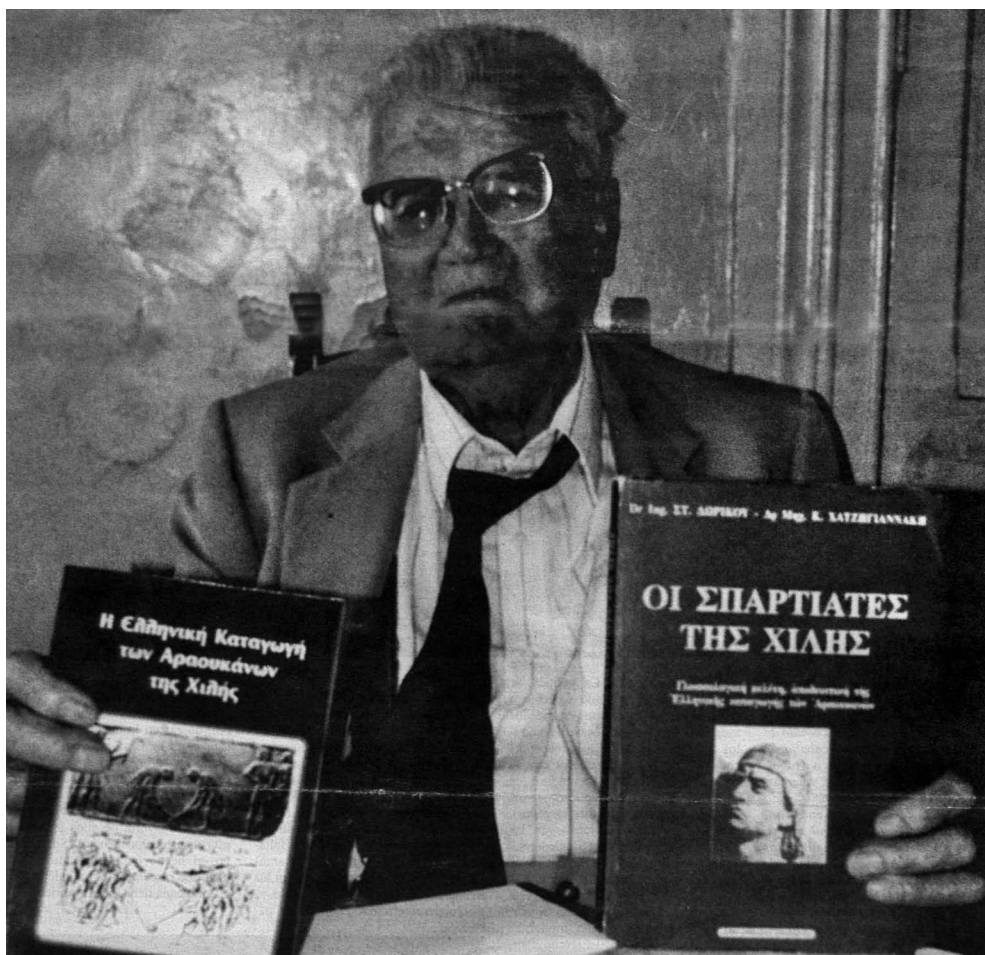


Figura 5. César Navarrete posando con la traducción griega de su obra y el libro de Stavros Dorikos y Kostas Hatzigiannakis derivado de su trabajo (Lagos G., 2002, p. 10).

sino que eran herederas de tradiciones culturales e intelectuales de largo recorrido, fundamentales para comprender las diatribas identitarias de la sociedad chilena; la de Navarrete es solo una representación particularmente exagerada de discursos profundamente arraigados. Asimismo, el estudio de las circunstancias de su publicación y respaldo, teniendo en cuenta precisamente su rocambolesco contenido, nos ha servido para reflexionar acerca de la interacción entre el contexto político y las expresiones académicas —o pseudoacadémicas—. Este caso es un buen ejemplo de cómo el ejercicio del poder autoritario sobre la producción del conocimiento no solo opera mediante la manipulación interesada del desarrollo institucional de la ciencia, también lo hace posibilitando la apertura de espacios en los que actúen agentes o ideas que de otro modo permanecerían deslegitimados y relegados a una

posición marginal. Probablemente, sin Pinochet, Kilapán nunca habría existido, y nadie se habría percatado de aquella colonia espartana en Chile.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acuña Rojas, P. (2020). ¡Formemos espartanos chilenos! Políticas y campañas deportivas durante la dictadura de Carlos Ibáñez, 1927-1931. *Cuadernos de Historia*, 52, pp. 233-261. <https://doi.org/10.4067/S0719-12432020000100233>
- Aguilera Durán, T. (2023). Identidades entre dos mundos: notas sobre la recepción de la Antigüedad en las crónicas coloniales de la guerra de Arauco. En L. Casal Viñote, B. A. Maidana, F. Y. Cristaldo Hidalgo (eds.), *Identidades en crisis: itinerarios y perspectivas* (pp. 229-241). Corrientes: Universidad Nacional del Nordeste.
- Álvarez Rojas, C. E. (2017). Construcción y uso de la raza en Chile. La justificación de la ocupación de la Araucanía y la colonialidad del poder. *Mutatis Mutandis*, 1(8), 139-169. <https://doi.org/10.69967/07194773.v1i8.170>.
- Anónimo (1975, 22 de agosto). Respuesta araucana a programa de TVN. *Las Últimas Noticias*, p. 28.
- Anónimo (1978, 20 de septiembre). Pruebas de origen. *Hoy*, 69, p. 46.
- Anónimo (1979a, 31 de agosto). Apareció libro de Lonko Kilapan. *El Mercurio* (Antofagasta), p. 2.
- Anónimo (1979b, 19 de septiembre). Afirma historiador araucano «Con la telepatía resistimos a los españoles». *El Cronista*, p. 27.
- Anónimo (1985, 24 de febrero). Al pueblo araucano se le conoce a través de una historia distorsionada, *La Tercera*, p. 8.
- Antileo Baeza, E. (2023). La Sociedad Galvarino: trayectorias de una organización mapuche en Santiago, 1932-1979. *Estudios Atacameños*, 69, e5715-e5715. <https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2023-0026>
- Arnold, B. (2006). Pseudoarchaeology and Nationalism: Essentializing Difference. En G. G. Fagan (ed.), *Archaeological Fantasies: How Pseudoarchaeology*

Misrepresents the Past and Misleads the Public (pp. 154-179). Londres: Routledge.

Astorgano Abajo, A. (2022). La mitología clásica en las «Memorie di storia naturale» del jesuita expulso chileno Juan Ignacio Molina, un precursor de Darwin. *Miscelánea Comillas: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 80(157), 261-282. <https://doi.org/10.14422/mis.v80.i157.y2022.003>

Baraibar, A. (2015). El mito de las islas Hespérides en el discurso político de la monarquía hispánica: Gonzalo Fernández de Oviedo. *Romance Notes*, 55, pp. 15-23. <https://doi.org/10.1353/rmc.2015.0023>

Baraibar, A. (2016). La construcción del discurso sobre el origen de los indígenas americanos en la Historia general del reino de Chile de Diego de Rosales. *Historia (Santiago)*, 49(1), pp. 11-25. <https://doi.org/10.4067/S0717-71942016000100001>

Barraza Jara, E. (2004). *De La Araucana a Butamalón: el discurso de la conquista y el canon de la literatura chilena*. Valdivia: Universidad Austral de Chile.

Bengoa, J. (2002 [1999]). *Historia de un conflicto: el estado y los mapuches en el siglo XX* (2.ª ed.). Santiago: Planeta.

Bengoa, J. (2008 [2000]). *Historia del pueblo mapuche (siglo XIX y XX)* (7.ª ed.). Santiago: LOM.

Bengoa, J. (2018 [2003]). *Historia de los antiguos mapuches del sur: desde antes de la llegada de los españoles hasta las Paces de Quilín, siglos XVI y XVII* (5.ª ed.). Santiago de Chile: Catalonia.

Bertolo, J. M. (1974, 20 de octubre). Los Araucanos, hijos de Esparta. *Las Últimas Noticias*, p. 5.

Bisama, A. (2013, 11 de agosto). El libro de los hechos condenados. *Página 12*. Recuperado el 10 de julio de 2025 de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/9048-2022-2013-08-11.html>.

Bivort Salinas, P. A. (2020). *Racismo chileno: debates sobre Raza Chilena de Nicolás Palacios (1904-2020)* (Tesis inédita de Grado). Universidad de Chile, Santiago.

- Boccara, G. (2009 [1999]). *Los vencedores: historia del pueblo mapuche en la época colonial* (Trad. de D. Milos). Antofagasta: Universidad Católica del Norte-Instituto de Investigaciones Arqueológicas-Museo R.P. Gustavo Le Paige.
- Bolaño, R. (2016 [2004]). 2666. Barcelona: Alfaguara.
- Caniuqueo Huircapán, S. (2006). Siglo XX en Gulumapu: de la fragmentación del Wallmapu a la unidad nacional mapuche, 1880-1978. En P. Marimán, S. Caniuqueo Huircapán, J. Millalén, R. Levil, *¡Escucha, winka!: cuatro ensayos de historia nacional mapuche y un epílogo sobre el futuro* (pp. 129-217). Santiago: LOM.
- Caniuqueo Huircapán, S. (2013). Dictadura y pueblo mapuche 1973 a 1978. Reconfiguración del colonialismo chileno. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 17(1), pp. 89-132.
- Caniuqueo Huircapán, S. (2014). La dictadura y las respuestas organizativas mapuches, 1973-1989: el caso de dos organizaciones. En C. Barrientos (ed.), *Aproximaciones a la cuestión mapuche en Chile: una mirada desde la historia y las ciencias sociales* (pp. 43-78). Santiago de Chile: RIL Editores.
- Caniuqueo Huircapán, S. (2018). Cuando la cultura recompone al pueblo: bases de la lucha anticolonial en el período de la dictadura militar 1973-1989 en Gulu Mapu. *Abya-yala*, 2(2), pp. 276-310. <https://doi.org/10.26512/abyayala.v2i2.13072>
- Card, J. J. (2018). *Spooky Archaeology: Myth and the Science of the Past*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Casanova Guarda, H. (1996). La Araucanía colonial: discursos, imágenes y estereotipos (1500-1800). En J. Pinto Rodríguez (ed.), *Del discurso colonial al proindigenismo: ensayos de historia latinoamericana* (pp. 41-82). Temuco: Universidad de la Frontera.
- Castro Le-Fort, E. (1999). *Breve historia de la Editorial Universitaria*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Chamorro M., A. (2003). *Historia de la editorial universitaria: 53 años junto al desarrollo del libro en Chile (1947-2000)* (Tesis inédita de Grado). Universidad Andrés Bello, Santiago.

- Chapoutot, J. (2012). *Le nazisme et l'Antiquité*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Coello de la Rosa, A. (2012). *Historia y ficción: la escritura de la Historia General y Natural de Las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557)*. València: Universitat de València.
- Cortés Arrese, M. (2012). *Los visigodos de los románticos*. Madrid: Catarata.
- Crow, J. (2013). *The Mapuche in Modern Chile: A Cultural History*. Gainesville: University Press of Florida.
- Crow, J. (2014). From Araucanian Warriors to Mapuche Terrorists: Contesting Discourses of Gender, Race, and Nation in Modern Chile (1810–2010). *Journal of Iberian and Latin American Studies*, 20(1), pp. 75-101. <https://doi.org/10.1080/14701847.2014.963981>
- Cruz, M. C. (1974, 29 de diciembre). Cuatro obras linarenses. *La Tribuna*, p. 3.
- Demoule, J.-P. (2023). *The Indo-Europeans: Archaeology, Language, Race, and the Search for the Origins of the West*. Oxford - New York: Oxford University Press.
- Derricourt, R. (2012). Pseudoarchaeology: the concept and its limitations. *Antiquity*, 86(332), pp. 524-531. <https://doi.org/10.1017/S0003598X00062918>
- Díaz Soto, V. A. (2022). *Coreografiando la Nación: folklore, danza y representación en Chile 1900-1990* (Tesis inédita de doctorado). Universität Bonn, Bonn.
- Dillehay, T. D. (2017). *La organización política temprana de los Mapuche: materialidad y patriarcado andino*. Santiago de Chile: Pehuén-CIIR.
- Donoso Fritz, K. (2019). *Cultura y dictadura: censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile, 1973-1989*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Δωρικός, Σ., Χατζηγιαννάκης, Κ. (2001). *Οι Σπαρτιάτες της Χιλής. Γλωσσολογική μελέτη, αποδεικτική της Ελληνικής καταγωγής των Αραουκανών*. Αθήνα: Ελεύθερη Σκέψις.
- Duplá Ansuategui, A. (2023). Nota sobre nacionalismo vasco y antigüedad clásica: Florencio de Basaldúa y la «raza roja». En A. Duplá Ansuategui, J. Pérez Mostazo (eds.), *Recepciones de la antigüedad vascona y aquitana: de la historiografía a*

las redes sociales (siglos XV-XXI) (pp. 135-160). Vitoria-Gasteiz: Universidad del País Vasco=Euskal Herriko Unibertsitatea.

Editorial Universitaria. (1975). *Catálogo general 1974-1975*. Santiago: Editorial Universitaria.

Editorial Universitaria. (1980). *Catálogo general 1980*. Santiago: Editorial Universitaria.

Fagan, G. G. (ed.). (2006a). *Archaeological Fantasies: How Pseudoarchaeology Misrepresents the Past and Misleads the Public*. Londres: Routledge.

Fagan, G. G. (2006b). Diagnosing Pseudoarchaeology. En G. G. Fagan (ed.), *Archaeological Fantasies: How Pseudoarchaeology Misrepresents the Past and Misleads the Public* (pp. 23-46). Londres: Routledge.

Feder, K. L. (2020 [1990]). *Frauds, Myths, and Mysteries: Science and Pseudoscience in Archaeology* (10.^a ed.). Nueva York: Oxford University Press.

Flemming, N. (2006). The Attraction of Non-Rational Archaeological Hypotheses: The Individual and Sociological Factors. En G. G. Fagan (ed.), *Archaeological Fantasies: How Pseudoarchaeology Misrepresents the Past and Misleads the Public* (pp. 47-70). Londres: Routledge.

Foerster, R., Montecino, S. (1988). *Organizaciones, líderes y contiendas Mapuches: 1900-1970*. Santiago de Chile: CEM Arancibia.

Fornis Vaquero, C. (2018). Apropiaciones de Esparta por el nacionalsocialismo: el Estado racial. En J. Cortadella, O. Olesti i Vila, C. Sierra Martín (eds.), *Lo viejo y lo nuevo en las sociedades antiguas: homenaje a Alberto Prieto* (pp. 583-597). Besancon: Presses universitaires de Franche-Comté.

Fornis Vaquero, C. (2019). *El mito de Esparta: un itinerario por la cultura occidental*. Madrid: Alianza.

Francescutti Pérez, L. P. (2022). Telepatía, semiótica y alteridad: sueño y terror de la comunicación total. *Cuadernos de Información y Comunicación*, 27, pp. 71-85. <https://doi.org/10.5209/ciyc.80841>

Frex, H. (2021). Lonko Kilapán en «La parte de Amalfitano» de 2666. *Revista de Teoría del Arte*, 35, pp. 178-200.

- Fuenzalida Caro, C. (2009). Apología del pueblo chileno: contexto e implicaciones del discurso de Juan Ignacio Molina. *Estudios Humanísticos. Historia*, 8, pp. 225-247. <https://doi.org/10.18002/ehh.voi8.3131>
- Gänger, S. (2015). *Relics of the Past: The Collecting and Study of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911*. Oxford: Oxford University Press.
- Gerbi, A. (1982 [1955]). *La disputa del nuevo mundo: historia de una polémica 1750-1900* (Trad. de A. Alatorre) (2.^a ed. en castellano). México: Fondo de Cultura Económica.
- Gómez Díez, F. J. (2020). Conocimiento, historia y ciencia en Gregorio García, O. P., y José de Acosta, S. J. *Relecciones*, 7, pp. 67-81. <https://doi.org/10.32466/eufv-rel.2020.7.613.67-81>
- González Colville, J. (2019). *El origen de la industria en el Maule*. Talca: Universidad Autónoma de Chile - Grupo Independencia.
- Gordin, M. D. (2021). *On the Fringe: Where Science Meets Pseudoscience*. Nueva York: Oxford University Press.
- Gutiérrez Ríos, F. (2014). *We aukiñ zugu: historia de los medios de comunicación mapuche*. Copenhagen: IWGIA.
- Hanisch Espíndola, W. (1999). *Juan Ignacio Molina y sus obras*. Talca: Universidad de Talca.
- Herrera Styles, P. E. (2017). Caupolicán, carácter de bronce: una aproximación a la invención del héroe, el monumento y lo indígena en Chile (1868-1910). En A. Brandão, F. G. Tatsch, M. Drien (eds.), *Política(s) na História da arte: redes, contextos e discursos de mudança* (pp. 102-110). São Paulo: Universidade Federal de São Paulo.
- Hodkinson, S., MacGregor Morris, I. (eds.). (2012). *Sparta in Modern Thought: Politics, History and Culture*. Swansea: Classical Press of Wales.
- Huidobro Salazar, M. G. (2017a). *El imaginario de la guerra de Arauco: mundo épico y tradición clásica*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica-Universidad Andrés Bello.

- Huidobro Salazar, M. G. (2017b). El retrato del bárbaro y el concepto de barbarie en la épica sobre la Guerra de Arauco en el siglo XVI. *Hipogrifo*, 5(2), pp. 169-198. <https://doi.org/10.13035/H.2017.05.02.12>
- Kalil, L. G. A. (2015). *Filhos de Adão: as teorias sobre a origem dos indígenas (séculos XVI e XIX)*. Jundiaí: Paco Editorial.
- Kilapán, L. (1974). *El origen griego de los araucanos*. Santiago: Talleres de Editorial Universitaria.
- Kilapán, L. (1978). *O'Higgins es araucano: 17 pruebas, tomadas de la historia secreta de La Araucanía*. Santiago de Chile: Talleres de Editorial Universitaria.
- Kilapán, L. (1987). *Sistema numeral araucano*. Santiago: Talleres de Editorial Universitaria.
- Kilapán, L. (1992). El pueblo araucano sus costumbres y tradiciones. *Anuario de la Academia de Historia Militar*, 7, pp. 51-56.
- Kilapán, L. (1996). *El origen araucano de la cueca*. Santiago: Imprenta Universitaria.
- Kilapán, L. (1997). *Η ελληνική καταγωγή των Αραουκανών της Χιλής* (Trad de Γ. Λαθύρης) (2.^a ed.). Αθήνα: Ηλιοδρόμιο.
- Lagos G., A. (2002, 4 de abril). César Navarrete, el Lonko Kilapán: «Los araucanos tenemos armas más poderosas que los F-16». *The Clinic*, p. 10.
- Larraín, J. (2014 [2001]). *Identidad chilena* (2.^a ed.). Santiago: LOM.
- Leeson, D. (2023). The Four Types of Pseudohistory. *The Historian*, 85(3), pp. 285-314. <https://doi.org/10.1080/00182370.2023.2397203>
- Lepe-Carrión, P. (2015). La idea de «raza» en Juan Ignacio Molina, en el contexto de la disputa del Nuevo Mundo y la emergencia del mito nacional. *Andamios*, 12(28), pp. 285-314. <https://doi.org/10.29092/uacm.v12i28.44>
- Lepe-Carrión, P. (2016). *El contrato colonial de Chile: ciencia, racismo y nación*. Quito: Abya-Yala.
- Lepot, F. (1995). *El rey de Araucanía y Patagonia: historia y leyenda del aventurero francés Orélie Antoine de Tounens* [...]. Buenos Aires: Corregidor.

- Leyton, C., Palacios, C., Sánchez Delgado, M. (eds.). (2015). *Bulevar de los pobres: racismo científico, higiene, y eugenesia en Chile e Iberoamérica siglos XIX y XX*. Santiago: Museo Nacional de Odontología, Universidad de Chile-Ocho Libros.
- Leyton, C., Sánchez Delgado, M. (2015). El huevo de la serpiente al sur del mundo: desarrollo y supervivencia de la ciencia nazi en Chile (1908 -1951). En C. Leyton, C. Palacios, M. Sánchez Delgado (eds.), *Bulevar de los pobres: racismo científico, higiene, y eugenesia en Chile e Iberoamérica siglos XIX y XX* (pp. 124-148). Santiago: Museo Nacional de Odontología, Universidad de Chile-Ocho Libros.
- Litvak, L. (1980). *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*. Barcelona: Puvill.
- Lizama Murphy, F. (2016). El Lonko Quilapán. *Fernando Lizama-Murphy*. Recuperado el 10 de julio de 2025 de <https://fernandolizamamurphy.com/2016/11/27/el-lonko-quilapan/>.
- Luckhurst, R. (2002). *The Invention of Telepathy, 1870-1901*. Oxford: Oxford University Press.
- Marhikewun, R. (1989, primer semestre). Encuentro Histórico: Príncipe Felipe de Araucanía y Patagonia se reúne con líderes mapuches. *Boletín Aukiñ*, 15. Recuperado el 10 de julio de 2025 de <https://www.mapuche-nation.org/espanol/html/reino/noticias/art-06.htm>.
- Martínez-Neira Idea, C., Caniuqueo Huircapán, S. (2011). Las políticas hacia las comunidades mapuche del gobierno militar y la fundación del Consejo Regional Mapuche, 1973-1983. *Veriversitas*, 1, pp. 145-185.
- McIntosh, G. C. (2000). *The Piri Reis Map of 1513*. Athens (Georgia): The University of Georgia Press.
- Melin Pehuen, M., Coliqueo Collipal, P., Curihuinca Neira, E., Royo Letelier, M. (2016). *AZMAPU. Una aproximación al Sistema Normativo Mapuche desde el Rakizuam y el Derecho Propio*. Santiago: Instituto Nacional de Derechos Humanos.
- Mesa Seco, M. F. (1988, 7 de febrero). Notas literarias. *El Heraldo*, p. 2.
- Molina, J. I. (1787). *Saggio sulla storia civile del Chili del signor abate Giovanni Ignazio Molina*. Bologna: Nella Stamperia de S. Tommaso d' Aquino.

- Molina, J. I. (1810). *Saggio sulla storia naturale del Chili* (2.^a ed.). Bologna: Tipografia de' Fratelli Masi e comp. <https://doi.org/10.5962/bhl.title.105203>
- Molina, J. I. (1965 [1822]). Memoria sobre la propagación sucesiva del género humano por el Abate Juan Ignacio Molina (Trad. de F. Alliende). *Anales de la Universidad de Chile*, 133, pp. 25-35.
- Moral Bravo, J. M., Ramos Rojas, M. (2020). *Destrucción y censura de libros en Chile, su influencia en la representación social del libro y en políticas públicas de fomento lector (1973–1989)* (Informe final de proyecto). Santiago: Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.
- Nafissi, M. (2018). Lykourgos the Spartan «Lawgiver»: Ancient Beliefs and Modern Scholarship. En A. Powell (ed.), *A Companion to Sparta* (Vol. 1, pp. 93-123). Hoboken: John Wiley y Sons. <https://doi.org/10.1002/9781119072379.ch4>
- Navarrete Vergara, J. (2023). Confederación Nacional de Asociaciones Regionales Mapuche. I Congreso Nacional Mapuche: nómina de delegados y comisiones (1969). *Cuadernos de Historia (Santiago)*, 58, pp. 355-384. <https://doi.org/10.5354/0719-1243.2023.71049>
- Olate, A., Chandía, G., Caniguan, J., Lizarralde, D. (2019). Academias de la lengua mapuche en Chile: un espacio para la revitalización lingüística. *Quo Vadis, Romania*, 53-54, pp. 42-57.
- Pairicán Padilla, F., Canales Tapia, P., Caniuqueo Huircapán, S. (2024). Legislación dictatorial y resistencia Mapuche: división de las tierras comunitarias y la autonomía en el horizonte político mapuche. Chile, 1978-1980. *Divergencia*, 23, pp. 152-170.
- Pinto Rodríguez, J. (2003 [2000]). *La formación del estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión* (2.^a ed.). Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile.
- Powell, A., Hodkinson, S. (Eds.) (2002). *The Shadow of Sparta*. Londres: Routledge.
- Rafide, M. (1984). *Diccionario de autores de la región del Maule: bio-bibliográfico y crítico*. Talca: Delta.
- Rawson, E. (1991 [1969]). *The Spartan Tradition in European Thought*. Oxford: Oxford University Press.

- Riobó Pezoa, E., Villarroel, F. J. (2019). Belleza plástica, eugenesia y educación física en Chile: presentación de la fuente «Aspectos de la educación física», de Luis Bisquertt (1930). *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 26(2), pp. 673-682. <https://doi.org/10.1590/s0104-59702019000200018>
- Roche, H. (2013). *Sparta's German Children: The Ideal of Ancient Sparta in the Royal Prussian Cadet-Corps, 1818-1920, and in the Nationalist-Socialist Elite Schools (the Napolas), 1933-1945*. Swansea: Classical Press of Wales.
- Rojas Lizama, M. A., Fernández Pérez, J. I. (2019). *El golpe al libro y a las bibliotecas de la Universidad de Chile: limpieza y censura en el corazón de la universidad*. Santiago: Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana.
- Ronan, C. E. (2002). *Juan Ignacio Molina: The World's Window on Chile*. Nueva York: Lang.
- Sánchez Delgado, M. (2014). Eugenesia: ciencia y religión. Una aproximación al caso chileno. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 18(1), pp. 59-83.
- Sánchez Delgado, M., Riobó Pezoa, E. (2020). Griegos, latinos y germanos en algunos escritos racistas y eugénicos chilenos de la primera mitad del siglo XX. *Historia (Santiago)*, 53(1), pp. 183-210. <https://doi.org/10.4067/S0717-71942020000100183>
- Sanhueza, C. (2011). El debate sobre «el embrujamiento alemán» y el papel de la ciencia alemana hacia fines del siglo XIX en Chile. En Chicote G. B., Göbel, B. (Eds.), *Ideas viajeras y sus objetos. El intercambio científico entre Alemania y América austral* (pp. 29-40). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- Silva Avaria, B. (2008). *Identidad y nación entre dos siglos: patria vieja, centenario y bicentenario*. Santiago: LOM.
- Somarriva Q., M. (2000, 6 de febrero). Brevísimas historia de la Editorial Universitaria: esto no es una elegía. *El Mercurio* (Santiago), pp. 10-11.
- Subercaseaux, B. (2010). *Historia del libro en Chile: desde la colonia hasta el Bicentenario*. Santiago: LOM.
- Subercaseaux, B. (2011). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile: desde la Independencia hasta el Bicentenario* (3 vols.). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

- Subercaseaux, B. (2021). La Araucana: un texto que genera un contexto. *Nueva revista del Pacífico*, 74, pp. 143-169. <https://doi.org/10.4067/S0719-51762021000100143>
- Rojas-Mix, M. (Ed.) (1991). *Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de la Nueva Extremadura*. Barcelona: Lumen.
- Tejerizo García, C. (2016). «Los visigodos son los padres»: contra los esencialismos en las identidades. En I. P. Coelho (ed.), *Entre ciência e cultura: da interdisciplinaridade à transversalidade da arqueologia* (pp. 197-203). Lisboa: Centro de História d'Aquém e d'Além-Mar.
- Tejerizo García, C. (2017). Nazis, visigodos y Franco: la arqueología visigoda durante el primer franquismo. En F. J. Moreno (ed.), *El franquismo y la apropiación del pasado: el uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura* (pp. 1-30). Madrid: Fundación Pablo Iglesias.
- Tigerstedt, E. N. (1965-1978). *The Legend of Sparta in Classical Antiquity* (3 vols.). Stockholm: Almqvist y Wiksell.
- Troy, A. (1988, 18 de marzo). Vocabulario araucano. *La Discusión*, p. 2.
- Salas, A. (1992). *El mapuche o araucano: fonología, gramática y antología de cuentos*. Madrid: Editorial Mapfre.
- Valderrama Gutiérrez, J. (2005, 20 de febrero). El Excéntrico Lonko Kilapán. *El Centro*, p. 3.
- Valderrama Gutiérrez, J. (2024, 18 de noviembre). El Loco Padilla y el excéntrico Lonko Kilapán: curiosos personajes talquinos. *Diario Talca*, pp. 13-15.
- Valdivia, D. (1999, 26 de septiembre). Marcelo Salas ¿Homo Europeus? El origen griego de los araucanos. *La Estrella*, p. 12.
- Valenzuela Matus, C. A. (2016). *Grecia y Roma en el Nuevo Mundo: la recepción de la antigüedad clásica en cronistas y evangelizadores del siglo XVI americano*. Barcelona: Rubedo.
- Valenzuela Matus, C. A. (2017). Los antiguos en el Nuevo Mundo. Reflexiones de los jesuitas José de Acosta y Alonso de Ovalle sobre el origen de los nativos

americanos, siglos XVI-XVII. *Revista de Historia y Geografía*, 37, pp. 21-36.
<https://doi.org/10.29344/07194145-37.1071>

Valenzuela Matus, C. A. (2018). *Clásicos y naturalistas jesuitas: los antiguos en la interpretación de la naturaleza americana. Siglos XVII-XVIII*. Barcelona: Rubeo.

Valenzuela Torrealba, F. (1986). *Visión de la conquista de Chile según la crónica (Góngora Marmolejo, Mariño de Lobera y González de Nájera)*. Santiago: Ediciones Agustianas.

Walsh, S. (2021). *The Religion of Life: Eugenics, Race, and Catholicism in Chile*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Zavala Cepeda, J. M. (2011). *Los mapuches del siglo XVIII: dinámica interétnica y estrategias de resistencia*. Temuco: Universidad Católica de Temuco.

Zavala Cepeda, J. M., Bachraty, D., Payás, G. (2021). El Pron o Quipu Mapuche según fuentes coloniales y datos arqueológicos: antecedentes sobre su origen, uso y función. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 26(1), pp. 41-55.
<https://doi.org/10.4067/S0718-68942021000100041>

Zúñiga, F. (2022) [2006]. *Mapudungun: el habla mapuche* (2.ª ed.). Santiago: Fondo de Cultura Económica-Centro de Estudios Públicos.